En los albores de la esperanza



No es necesario tener la misma sangre…
para llamarle Mama

Novela

Por Uriel Benito Sánchez Galo.

León, Nicaragua C.A. 2022

En los albores de la esperanza

No es necesario tener la misma sangre… para llamarle Mama

Novela

Dedicado a la memoria de:

María Olympia Galo Hernández Vda de Uriarte

El autor

La Biblioteca Nacional de Nicaragua en calidad de Agencia de ISBN, declara que bajo el siguiente número de ISBN quedará registrado el siguiente título, identificando como editor responsable a: ***Uriel Benito Sánchez Galo.***

Uriel Benito Sánchez Galo.

En los albores de la esperanza
No es necesario tener la misma sangre para...
llamarle Mamá Novela / Uriel Benito Sánchez Galo.

Sánchez. -- 1a ed. -- Managua, 2022.

96 p.

IISBN 978-99964-0-943-1

Managua, 23 de marzo de 2022

Autor: Uriel Benito Sánchez Galo

Foto de portada: Uriel Benito Sánchez Galo/ Eliar Ricardo Pérez Guadamuz

Levantado de texto: Uriel Benito Sánchez Galo

Diseño y Diagramación: Norvin Rosales B.

Impresión: DISPUBLY- Norvin Rosales B.

Primera edición: Marzo 2022/ Nicaragua

Tiraje: 500 ejemplares

Managua, Nicaragua, marzo de 2022.

INDICE

Página

EL PARQUE DEL ENSUEÑO

La jodedera inquietante de la masa de pájaros nativos y migratorios, que como pecas en la copa de los árboles del parque Segovia, estremecía el ambiente y despedía con sus trinos, los retazos de nubes plomizas en dirección al volcán Momotombo y la isla Momotombito, quedando la bóveda azul hasta donde la vista fornicaba su desesperación curiosa, completamente despejada de la promiscuidad natural.

Encima de la tierra, los trozos de tablas de guácimo ternero con finales podridos con sus respectivos comejenes, hacían de bancas teniendo como base cada una de ellas, piedras de característicos estilos, rebuscadas en las hondonadas de verdores ausentes en las montañas de las penínsulas de Chiltepe y Panami a orillas del lago Xolotlan; el segundo más grande del país y de américa central que bordea a la capital Managua en su costa sureste. Estas bancas establecían una solidaridad con su fila india empedernida y entrecortada virtualmente por el mantenimiento alcaldesco, a las contables parejas de enamorados en este caso e incontables en otros que llegaban afincar. Siendo cómplices de arrebatos juveniles que hacían al besuquearse hasta mas no poder, llegándose hasta el punto de tratarse de arrancar la lengua de una gran mamada de boca, a la vez que emitían sonidos armónicos. Estas parejas llegaban al éxtasis de una chupadera de dientes, quizás picados o bien pueden ser sanos o la combinación de ambos acompañados de borbotones de salivas que salían de vertientes bautismales del placer. Se manoseaban sus cuerpos, sin coincidencias alguna, pero lo común era el reflejo destellante de la ira el deseo carnal, que hacia revolotear intestinamente los cachetes, en un contacto telúrico. Les valía un comino el paso de; transeúntes, mojigatos y especial de los niños de la calle que pululaban a cada instante cerca del parque y que de vez en cuando soslayaban sus miradas furtivas a través del diminuto

enmallado, destruidos por los vándalos de las pandillas nocturnas, que toman por sus fueros el sector norte de la ciudad a altas horas de la noche.

Pero a esta hora no había muchos de ellos, ya que por lo general hacían sus quehaceres vitales como los zorros cola pelada y uno que otro armadillo que confiaban en la quietud y soledad su existencia para detectar fácilmente a algún cazador y salir en estampida preservando sus vidas. Todo eso no importaba: ni los ruidos de vehículos en la pista Pedro Joaquín Chamorro que tenían frente a los ojos, la cual tenía su ápice a escasos metros, con semáforos cuajados por la electricidad de una industria obsoleta de energía

.

En su centro a ambos lados del bulevar, el negocio se presenta en lo fino para la mayoría de niños de vestimenta paupérrima, que no hacen juego con los discursos presidenciales del gobierno en turno cuando son dirigidos en beneficios de los niños y de la gran cantidad de adultos desempleados, al ser despedidos de una institución privada o algunas de las muchas empresas estatales quebradas por medidas fondomonetaristas económicas injustas. Una multitud con: perfumenes y juguetes, utensilios de cocina, periódicos, lotería normal e instantánea, productos automotrices y tantos otros chunches de pequeño tamaño en venta. Colgados en su mayoría del pescuezo de sus ofertantes, recordándome a las alforjas de esas destruidas completamente que carga el campesino en el occidente del país, en la que lleva el sustento para resistir los embates del trabajo en la huerta y el polvazal furioso por falta de árboles en el algodonal.

— ¡En estos días ha estado mal el negocio *Pueta*! —dijo el músico *Juruca* mientras tocaba con la guitarra *La Mora limpia* del compositor Justo Santos Cerda.

— Pero hoy ésta pésimo —respondió José Mercedes alias *el querque*.

— Me siento el hombre más salado del mundo ¡Un miserable! —exclamó el artista de la música sacudiendo la cabeza.

— No te sientas así mi hermano. Voy a declamar un poema anónimo vietnamita de la posguerra. Tal vez eso nos ayude. Dice así:

Rellenamos los cráteres de las bombas
Y de nuevo sembramos
Y de nuevo cantamos
Porque la vida jamás se declara vencida

Se escuchó en una conversación de lisiados de guerra, confundida con pitillos de mariguana, *la hierba maldita*, humo de cigarros gringos y ambiente hippie. Se hacían presente como es normal en estos lares los famosos roba cadena: La pulga, Cara de vulgaridad, El Comelón, la Comadreja y el menos ilustre Diente de sable. Que no dejan cadena en nuca, porque si hay problemas con la policía hasta esta se la llevan en el saco. Los quemones o drogadictos: Garfio, el Aguado y Luciérnaga la avispita del grupo. De silueta preciosa, pero de tapa grosera con sus apostrofes descomunales. Alcohólicos gritaban producto de la gran resaca de cususa y chicha de coyol palabras vulgares, disputándose de que Nagarote era la cuna del quesillo, platillo típico nicaragüense y no La Paz Centro, así como también los futuros difuntos que se arrastraban con sus arrugas harapientas en el andén cerca del parque. Los policías conocidos como la *pesca* a veces aparecían oportunamente en el lugar de los hechos o suceso que violentaba el orden público , pero después de haber realizado el trabajo ; hacían el pica y jale, ya que carecían del presupuesto necesario, para aumentar sus servicios que la constitución de la república de Nicaragua exige, por lo cual eran escasos y no querían arriesgar su preciado pellejo, por que más de alguna piraña de los vándalos, podría atacarlos por alevosía en el momento menos esperado Se podría decir que era una obligación pasar por la pista, ya que era de vital importancia de comunicación con toda la ciudad: llegabas al asentamiento Paquito con la misma facilidad con que llegabas a residencial Los Robles. Así, ¡Chas!, rápido y sin problemas. Al pasar por este sector se podía visualizar los barrios; Pescadores, Quintanina, las Torres, Chico Pelón, Los Ángeles, Santo Domingo. También los asentamientos; Tierra prometida, Tierra de nadie, Violentamente Dulce, San Ángel, La tejera. Las casas de habitación en los asentamientos fueron hechas; sus paredes de cartón y techos de bolsas de plástico negro. Construidas dentro de ruinas que

quedaron del majestuoso centro de la capital después del terremoto de 1972. Y alguno que otro edificio residuo de explosiones de *rockett* a granel y bombas de 500 y 1000 libras que el dictador Anastasio Somoza Debayle, *Tachito* ordenaba a la guardia de la *FAN* (*Fuerza Aérea Nicaragüense*) lanzar como caramelo a los ciudadanos de Managua desde tres aviones *push and pull* y tres helicópteros *Sea Horse* durante la guerra revolucionaria. El estigma de los habitantes era tal que estando trabajando por conecte en Residencial Bolonia, por ejemplo, eras reconocido por una mirada erizadora de pelos por parte del jefe de turno y te hacia la pregunta. ¿Vos sos del Asentamiento Violentamente Dulce? Y, ¡Zas!, Te mandaban otra vez con los desempleados y buscar como sabueso un nuevo empleo. Los huele pega de zapatos: el Ñato, Trompa de jaiva, el Sonámbulo, el Pitufo, Cañicuil y quien sabe tantos ojos rojos y cabezas calientes que buscaban la manera de ganarse la vida; el sustento diario en la pista y no buscar en el pestilente basurero municipal el plato del día como lo hace una mayoría de la población en extrema pobreza, a los cuales el gobierno no lo presentan en cuadros estadísticos a los donantes extranjeros que son sensibles a estos males que atañen a nuestra sociedad. Sino que solo presentan proyectos como aquí vamos a construir la pista cincuenta y ocho o vamos a construir una nueva rotonda, o un puente peatonal aéreo o una iniciativa de ley de los honorable diputados sempiternos, para que puedan obtener un préstamo del mismo gobierno para las compras de vehículos del año a todos los ministros, viceministro de entes autónomos, así como la honorable corte suprema de justicia.

Buscar la felicidad en una ciudad sin destino preciso, despreciada de sus barrios por su centro, donde el espectro de la guerra revolucionaria se presenta en una calma combinada con una agresividad instantánea de sus pobladores, si se toca alguna propiedad personal o espiritual. Donde tener un hogar digno es una obra de arte problemática, ya que no hay planes municipales que favorezcan a las mayorías de sus habitantes, cuando se construyen esporádicamente villas como; Democracia, Libertad, Azul y Blanco, Benjamín Franklin, George Washington, Jean Paul Genie Lacayo, Enrique Bermúdez Varela, Arges

Sequeira Mangas. Favoreciendo estas a una minoría de ingresos altos. Y uno que otro sapo venenoso del gobierno en turno. Y una educación en la que el gobierno quiere desprenderse del granito de arena que da para el futuro del hombre nuevo, al privatizar las escuelas de primaria y secundaria por lo de la famosa autonomía escolar, idea del ministro de educación, Humberto Belli, un teórico del neoliberalismo. Así como van las cosas será una utopía para que un palmado entre a estudiar a las universidades: ya que hasta está privatiza la educación. Hay casos en los asentamientos en que la transmisión de los valores es lo único bueno que queda, los viejos toman el control de la educación. Pero cuando se mueran los viejos en las barriadas, ¿que será del hombre nuevo? Lo que sucede en la pista es tan real como decir que la libra de arroz vale un córdoba oro con cincuenta centavos, ¡Siempre se vende! y hay más vendedores que compradores que no saben leer ni escribir y muchos ciudadanos que no tiene ni para comprar un caramelo leche de burra, o una goma de mascar Adams o un Valium para la flojera de cabeza, cuando las deudas son tan grandes y se busca un préstamo y ningún conocido, el banco menos lo puede hacer o alguna micro financiera ya que teme un futuro cierre por olfatear inestabilidad. La depresión económica agobia al igual que sucedió en los años ochenta; tiempos de la llamada generación traicionada. Y todo eso no les importaba a las parejas dentro del parque. La vestimenta que usan, dan a entender que si tienen que comer cuando lleguen a casa y no tienen el por qué buscar el sustento como sus vecinos. Cosas de juventud: vienen al parque a hacer el amor al aire. Libre del pago de un hotelucho de cuarta o quinta categoría como el *Moulin Rouge* en carretera sur frente al cerro *Motastepe*, el *Marreli* o el Recreo en el barrio el Edén. O por qué el cuerpo así lo pedía en el parque, donde forman un triángulo tres arboles de madroño y en su centro equidistante un árbol de Guanacaste de 45 metros de altura y el suelo lleno de fláccidas hojas secas de los lustrosos y pulcros arboles Nicas.

La risa de una de las tres parejas alcanzo a ceñir algo más que una alegría litúrgica, se estremecieron los: Chocoyos cátanos y zapoyoles, Pijules,

Cenzontles, Mirlos acuáticos, Zanates, loras, lapas rojas y verde; arriba del viejo árbol que hacía de paraguas verde. Y la hermosa muchacha se levantó de la banca de una envión, chirriando esta al unísono, dio unos pasos saliendo al claro que vertían las puertas de ramas torcidas viejas, como una estampida inicial de un pájaro Cardenal a otra rama de Tigüilote. Tentando a su querinovio a la persecución del cogollo de flor de narciso que lleva su vestido en medio de sus piernas, bailoteaba su pelo largo negro sentimental que le llegaba hasta el pescuezo. Ella reía, reía, con esa risa que solo un político en periodo electoral da, ¡El que contagia a las multitudes! Las parejas que acompasaban la fiesta a punto de besuqueos, pararon la música y ya en el proscenio se anexaron voluntariamente sin ningún revolver en la cabeza, a este hecho de alegría invernal que estampada en la muchacha erguida, hacia feliz la estancia.

La pulcra joven de tamaño 1.50 metros y de hermosas caderas en pistoladas. Morena de nacimiento no quemada de sol, sin pecas de estilizado rostro púber de tinaja paceña. No tenía que envidiarle nada a ninguna *miss* de esas que ganan concursos mundiales, ya que abrigaba con sus rasgos indígenas la cultura materializada del indígena hispanoamericano.

Dio la espalda a los jóvenes alegres que la veían y canto una canción romántica fugazmente inventada frente a su querinovio:

Amor si vos me quieres
Alcánzame, róbame, ¡pum!, ¡pum!
Como un viejo zorro ¡jo! ¡jo!
Le hace a su presa
En una madriguera
O como le hace a la dueña el jefe de la fábrica ¡pum! ¡pum!
Anda ven acá
Ven vamos ya
Anda ven ¡pum! ¡pum! ¡pum! a chachachá

Giró su testa y dio una risa en los presentes, que aplaudieron con nota *rockera*; bailoteaba, meciendo su cuerpo como una hermosa tinaja Masayense colgada de dos árboles de jícaro sabanero. Sus brazos un poco delgados por el crecimiento efervescente, señalaron al joven para hacerlo seguir la corriente de energía destellante que emanaba. Sin pizca de trivialidad, sus pies acentuaron el baile de la salsa al estilo del príncipe Luis Enrique Mejía López. El veía con sus ojos de guayaba y su nariz de tomate en época de desnutrición, como la bella mujer lo engalanaba con su excelente ceremonia. Ella se rascó el pelo con el dedo corazón de la mano derecha, dando a entrever que un piojo traficaba sin licencia encima de su masa encefálica, por lo cual había que aniquilarlo o sacarlo de la carretera por qué jodia. Carlos se irguió entrecruzando sus pies de flamenco tierno, tomando de apoyo un tronco verde de malinche, que algún leñador de algún asentamiento cercano había abandonado, al ser descubierto en su tráfico ilegal de madera ya sea por los *JA* (*Jóvenes Ambientalista*) en el día soleado o por las pandillas en la penumbra. Sujeto las manos despabiladas de Juana, luego desaparecieron en el camino que lleva al interior del parque, en donde una desbandada de: Codornices, Pocoyos, Chorlitos, Zanates, Zopilotes, Palomas blancas y San Nicolás les abría las puertas del placer con sus graznidos musicales bravíos, traducidos al español; ¡vienen a sacar raza! Una de las bancas de guácimo ternero había quedado vacía y la vista frontal de veinte centímetros de ancho por dos de largo, señalaba en su superficie mal pulida en rayas profundas el nombre Kilali, calcado a puro golpe de amor o de arrechura con cuchilla de zapatero en letra amorfa.

Doce hojas de color verde claro, se desprendieron del gancho de una rama en la copa menos tupida del árbol de Guanacaste y un fenómeno anti gravitacional inusual de la tierra achatada, las atrajo a voluntad desde la lejanía en lo alto cuidadosamente, hacia la vista frontal de una de las bancas y pasaron tocando varias veces, zigzagueando a discreción el nombre Kilali, hasta que una corriente fresca de aire procedente del subsuelo las desplazo violentamente cerca de un tierno árbol de roble macuelizo. Las parejas observaron el hecho con asombro, sin temor

desmesurado ya que sabían de estos hechos insólitos dentro del parque Segovia y siguieron con los oídos sucios de cera, el revolotear de las alas de los pájaros que eran asustados por los intrusos, como sucede a estas horas cuando se calientan los ánimos. Hasta que no se escuchó un alma procedente del parque, como si el ruido del gato y el ratón, se los tragaba momentáneamente el inframundo en su vertiente subterránea.



FIEBRE BENDITA

En la pista el paso de los vehículos con muchos minutos de duración entre ellos, daba a entender que ya la hora de trabajo llegaba a su término para los trabajadores de la calle. Las luces de automóviles, motos, buses y vehículos pesados de carga desprendían a la vez estridentes sonidos de desesperación con sus pitos, acentuando la rapidez de un jetón que se duerme en la vía, con el semáforo en verde.
— ¡Puta, ya no se puede pasar! —exclamó el conductor cerrando los puños y golpeando el timón del auto con enojo, dio una sonrisa mordaz.
El semáforo cumplió su programación a precisión: Rojo.

Figura había bregado todo el día, estaba bien quemado por el sol sin necesidad de ir a las playas de: San Juan del sur, Montelimar, Poneloya, Las peñitas, Salinas Grandes o el espigón de puerto Corinto. Para él no era cosa del otro mundo trabajar en la calle. Daba la impresión que necesitaba de una crema para mitigar el bronceamiento excesivo. Siempre se acercaba al cliente de forma profesional sin necesidad de haber recibido un curso de *marketing* en el *INCAE* (*Instituto Centro Americano de Administración de Empresas*)
Y así lo hizo al primer vehículo en la fila antes de la intersección vial.

— ¡Hola chelita!, ¿Qué me quieres comprar? ¿Te parecen buenos estos trinchantes? ¡Amorcito! —preguntó como si fuera a fruncir el ceño.

Además, mostró otros utensilios de cocina. Recordó que lo dicho antes, se lo escucho a su tío Emeregildo en el populoso mercado *Israel Lewites* cuando se lo decía a uno de sus clientes. Y hoy a estas horas cuando el crepúsculo declina, cerca de los faroles en el bulevar, la estrenaba, había cambiado de táctica para convencer al cliente. Y lograr lo deseado, su táctica que consistía en hacer gestos con su cara, manos y gritos

despavoridos que, aunque siempre le funcionaba, tenía que estar al día con la competencia. Y ahí estaba el por descubrir si funcionaria. Vio a la pulcra chela, tocó la puerta izquierda de la camioneta Ford de doble tracción color blanco, fingiendo una sonrisa que la respuesta no se hizo esperar con otra sonrisa y aunque Figura como se resumía su nombre en la *vox populi*, no pedía para pasar la vida, pues nunca había llegado a ese extremo, como la mayoría de sus amigos a ella así le pareció y la pecosa busco su bolso y saco un billete de diez córdobas oro.

Mientras esto sucedía, la impaciencia de un conductor viejo y panzón sentado en el asiento de su furgoneta Chevrolet situado detrás de la camioneta, tiño de la desesperación a la rubia pecosa sueca, al tocar su claxon estridente continuo. Figura la creyó así, ya que leyó el logotipo que llegaba asido a la puerta:

Organismo no gubernamental
Salvemos el Lago Cocibolca
ASDI
(*Asociación Sueca para el Desarrollo Internacional*)

La chela, levanto la mano izquierda por la ventanilla a la par de Figura y comenzó a flamear la guatusa americana encima del techo de la camioneta, a la vez que la mano derecha obsequiaba por debajera del trivial brazo el billete de diez córdobas oro. Los *hijueputazos* apostrofados con ahínco sobresalieron con esmero, y el pitazo enloquecedor del poco de automóviles controladas por el homo sapiens desencadenaba la solidaridad con su coterráneo. El niño dio las gracias. Salió corriendo sin dejar caer ningún utensilio de cocina y cosas que vendía. Y gritó como alma que se lo lleva el diablo, al niño que estaba sentado sobre la cuneta a orillas de la calzada. A escasos metros del parque, que se sacaba los mocos negros duros con los dedos de la mano izquierda. Mientras que la mano derecha la ocultaba en su pantalón azul desteñido.

— Kilali, Kilali, Kili, Kili ¡Mira que me dio la señora! —dijo sonriendo.
El niño sentado viro su rostro y vio a su amigo con la sonrisa en labios, como preguntando cuál era su acido. Con esa amistad del que compartía todo. Para enumerar: la camisa roja que llevaba puesta, el pantalón azul, así como también los zapatos negros. Se empotraron sus manos saludándose momentáneamente, pero Kilali no se levantó, pero lo felicitó. El semáforo se puso en verde y el poco de vehículos echando humo sin control con la rubia dentro de uno de ellos siguió la calzada divididas en hileras por una raya amarilla.

— ¿Kilali, que te paso? —preguntó Figura súbitamente —. Estuve mordiendo el leño del dolor por el solazo todo el día. ¡Uf!, Que duele el cuerpo. Le cuchumbea soportar esta radiación de calor. Escudriñe entre el cachimbo de gente, haber por si por casualidad te encontraba y turnearas conmigo en la venta, como lo hiciste ayer. Pensé que te me habías rajado, pero al instante dije ¡No! Y se me imagino que vos cerebro de chorlito tenías un problema, así que contagiado con esa enfermedad de ausencia me preocupe. Sinceramente no hallaba la manera de como apagar el sol que me hacia la vida imposible, Cayera la tarde, para comenzar a buscarte, ¿Por qué lo hiciste cabezón? —refunfuño Julio.

— ¡No seas loco!, aunque este hecho paste, ya sabes que así es mi nota fiera, debes en cuando aparezco y luego desaparezco —replicó Kilali.
— ¡Aja!, ¿ideay Mandrake? Que pendejadas dices, ¡solo mate sos!, pero si algún día te pierdes para siempre, desapareces para siempre. ¿Quién se hará cargo de Burusquita? ¿Quién podría decir kili está vivo? ¡Ah, sí!, lo vi en tal o cual lugar —perreo Julio.
— No jodas conmigo mientras vos has estado allí —señaló a la pista. — asoleándote tu asqueroso culo, para ganarte la plata, yo me moría de fiebre dentro de esa maldita ruina, hedionda a mierda, orín y putrefacción — sonrió con desgano, frotó sus manos con cierta fruición y prosiguió —. De seguro me pico una de esas moscas y zancudos

benditos alimentados por la basura de las calles, gracias al *ALMA* (*Alcaldía de Managua*) que no las manda a limpiar, con el beneplácito del *MINSA* (*Ministerio de Salud*). Mas el motarascal que rodea al refugio. El cual se llevó mi tranquilidad, vieras me hice un cocimiento de hierba de esas que me enseño mama, lo eché en el huacal y me lo bebí de un solo trago como cuando aún vivía y éramos junto a Burusquita una familia feliz. Espere la reacción y la complemente por si fuera poco con una pastilla de acetaminofén que trajo Burusquita, ¿de dónde no sé? A propósito, ella te manda saludes. ¡Ah!, y que te acuerdes del plato de comida para la cena. Sabes que allí en el refugio no sobra la comida, para el día siguiente y la que había guardado por desgano detrás de la tinaja de agua, le cayó la plaga de: Manimal, la Rata y la Comadreja, el Conejo y el nefasto Chischil en la madrugada y no dejaron ni *verga*, para el desayuno y el almuerzo, ¿Qué? Así es que nos hemos ido en blanco con lo que respecta a la comida, ya que nos hemos pasado a punta de agua, bombones y caramelos que le saque al crédito a Marcio el que vende en la entrada del parque *Luis Alfonso Velásquez*, ¿Te acuerdas de él?

— Claro que me acuerdo animal — contestó Figura con tranquilidad.
— Me dormí, el brebaje funciono a las mil maravillas. Hasta hace poco me levante del pedazo de colchón Luna, un poco maluco, pero no de gran importancia, pero me siento también. Vieras también que me podría agarrar de un asalto y sin la tiradora, al hermoso pavo de la quiebra catre de la Matilde —dijo febrilmente, Kili.

Cierto que aún se veía un poco pegado de fiebre. El pelo lacio negro, le tapaba los diminutos ojos negros fatigados. Kili sentado en la cuneta y con los pies abiertos encima del asfalto, metía y sacaba los brazos entre las piernas a 30 y 90 grados aproximadamente, daba la impresión que veía el desgaste del tacón del zapato negro derecho. Se quedó ido volteo a ver a Figura que estaba encerrado en el mutismo, asombrado momentáneamente.

— ¡Santo Dios!, por qué no lo habías dicho antes. Nos hubiéramos ahorrado esto *brother*, ¡Vamos que te toco el cachete! —un poco molesto Figura por la actitud de su amigo, al no avisarle tan siquiera por Burusquita u otro amigo del refugio de la fugaz enfermedad, desplazo su brazo izquierdo, tocando cachete y frente de una sola pasada.
— ¡Qué barbaridad!, todavía se siente débil la fiebre. Escúchame bien fiera. Iré a dejar mis productos donde la Martica en el asentamiento Paquito al otro lado del refugio. ¿Vamos? —preguntó Figura.
—No hombre déjame aquí, anda vos. Luego si quieres regresa.
Estaré en la banca del parque, ¿sabes dónde? Donde calcaste mi famoso nombre —dio una sonrisa sutil —, con la cuchilla que le vendiste al jirafon del wolwagen escarabajo el lunes pasado. ¡Eh! — dijo sin inmutarse Kilali.

— Está bien, está bien —tartamudeo Figura —. Iré rápido, pero regresaré. Pasaré por el refugio dejándole a Burusquitas el encargo, por eso ya no te preocupes, también hablaré con tigrillo el que vende arroz con leche en el parque *Las Piedrecitas*, para que de vez en cuando le eche un ojo, la medio vigile en la medida de sus posibilidades. ¿Espérame allí en el parque, luego iremos de compras de una suculenta cena, que te parece? —dijo el egregio con su radiante sonrisa.
Los dos amigos se entrelazaron, una sonrisa de comprensión.
— ¿Cuidado te vas, no te hagas el tufo? no me hagas venir de pura onda — enunció Figura.

Figura y Kilali. Se despidieron con un saludo de manos, que parían sonidos de años de prácticas. Figura se encamino a pasos rápidos con el atuendo del día encima de la calzada sin temer a los vehículos que de vez en cuando, lanzaba silbidos e hijueputazos a los dueños de la calle. Kili se encamino al portón principal del parque Segovia. Dejaba una pista vacía de vendedores. Solo el grito comercializador de estos se enrollaba y aparecía inconscientemente en las células cerebrales del que hacia suya la pista de manera fugaz, por la intermitencia del semáforo.

TRANQUILIDAD DESDE EL CIELO

El sol con su beso rojizo cristalizo la estancia, en el lago Xolotlan: Las jacanas, golondrinas, garzas azules, blancas y tricolores. Los gaviotines y gaviotas reales, así como las garcetas verdes; pocoyos, águilas pescadoras, piches y los patos chanchos con su graznido casi gutural semejante al gruñido del cerdo, volaban hacia la isla Momotombito e Isla Rosas santuarios de aves. Solo quedo el sonido de las olas al reventar en su totalidad en la costa y el movimiento sigiloso de algunos; guapotes, mojarras picudas, gaspar, tilapia, bagre, pepesca, chulines y guabinas que se desplazaban nadando en la superficie del agua gris, libre de algún ataque aéreo de garras masivo. Los faroles llenos de mosquitos voladores, establecían sombras encima de la hojarasca y tapaculo, luego se convertían entes móviles. Poco a poco la oscuridad tomó por sus fueros el control de la situación. Aparecieron las estrellas.



BAJO ATAQUE ASESINO

Pasos contados fueron llegando a su objetivo. El escalofrió de corta duración encarnado, erizó el cuerpo del visitante poniéndose el cuerpo piel de gallina. A Kili todo le parecía normal, como cuando iba hacer *pipí* detrás de las ruinas a altas horas de la noche y sentía más o menos lo mismo. Pero el recordaba, por más que verificara no había nadie. Así por esas impresiones parecidas, pero no de citar en que no había sucedido nada, dejó de creer que en verdad la sangre siente el peligro y avisa por los pelos en punta que crea el cuerpo.

El niño pasó la entrada principal, se encamino en dirección de la banca, se sentó en el suelo cerca de un tronzo de Sardinillo. Vio las letras mayúsculas amorfas pero legible Kilali. Cerró los ojos y pensó en Burusquita, su única hermana, su hermanita del alma que no había comido nada. Ya se la lleva Figura corrigió, pobrecita mi hermana y pobrecito yo también. Sin madre que nos quiera tanto porque está muerta. Sin padre, ¿Quién será ese desgraciado? ¡Mal nacido!
Mi hermanita tan pequeña, tan tierna y tener que pasar por esto que estamos viviendo, no se lo merece ni ella ni yo. En fin ¿quién que deambula por la calle se lo merece? Cuanto daría por darle todo, lo que necesita: buena comida. refrescos; leche, coca cola, fresco de melón, naranja, tiste, semilla con chingue, pozol con leche o solamente semilla de jícaro con un paco bien hecho, puede ser un tamal relleno de esos que hacen de chuparse los dedos la Enjeduana Gutiérrez. Buena educación, buenas amistades y no gente mala; especímenes violentos del refugio y sus alrededores tales como drogadictos, alcohólicos, prostitutas y travestis. Bueno yo la aconsejo. Dios no quiera que agarre la vara de contaminarse de semejantes ejemplos.

Claro, hay gente buenísima como en todos lados, que por todo y todo no nos dejaría morir por nada que estuviera a su alcance. Ya se lo he dicho, anda vamos al Mercado *Oriental*, al galerón de venta de comida, tal vez encontremos una cocinera en uno de tantos puestos, que no tenga quien le lave los platos y tanto otros menesteres y le dé, el pegue y así tener un trabajito en que pudiese distraerse, matar el tiempo y a la vez ganar unos cuantos chambulines. Pero ella que mañana, que mañana. Tal vez la lleve de las orejas o mejor no, pero lo haré, pero creo que ella se decidirá ir. Me gustaría verla así.

Claro a mí me gusta verla también jugando con sus muñecas inventadas en base a su creatividad, o con los juguetes de madera encontrados en un bote de basura en la Colonia Centro américa por Lisa. Que se lo dio con una sonrisa angelical, que le hizo prometer en que jamás los perdería. Pero me da miedo que un día uno de esos violadores se meta al refugio y ¡zas! La viole y asesine, como ocurrió con Angelina Candía la del Asentamiento Tierra Prometida, ¡Mierda!, No ocurrirá.

Pero para nosotros no es lo mismo que el caso, de esos que no quiebran los platos, que lo tiene todo. De esos que estudian, ¡Ellos no tienen la necesidad por la que pasamos nosotros! ¡Ah!, — exclamó — Que desgracia, que desgraciado me siento. Yo que ando de calle en calle, de parque en parque deambulando sin rumbo fijo. Medio me gano la comida cargando también, productos a los compradores que llegan al Mercado Oriental, en el sector del *Novillo*. Figura, Figura. Tronco de *brother*, ¿Pero si Burusquita se decidiera, tan siquiera a eso? una forma de ganarse la vida decentemente.
Ya se me imagina:

— Mira Kili tengo tanto *money*. Yo también tengo tantos córdobas oro y suma tanto, ¿Qué haremos con estos *biyuyos*?

Una rimera de lágrimas bordeo sus ojos momentaneamente cerrados. Los retocó con sus manos trémulas vacilantes. Fugazmente un brazo

leonino le agarro del pescuezo, mientras una mano le tapaba los ojos para no visualizar el enemigo. Le apretujaba y le pulverizaría la vida si no la quitaban de encima inmediatamente, gritaba llamando al auxilio de alguien. Putio y mando a comer mierda al agresor y siguió diciendo entrecortado ya por el apriete en el pescuezo:

— ¿Dónde está la *policía*? ¡*Policía*! ¡Policía! ¡Ayúdenme hijos de la gran puta! —en su mente su silueta se reflejaba dentro de una especie de tubo cerca de un final. Él les gritaba a los *policías* que se habían metido en el culo del diablo. El escuchaba que estos sonreían, lanzaban carcajadas macabras cuajadas por el inminente menosprecio; vio cómo se esfumó su silueta en el vacío. Se desmayó.

— ¡Vamos suelta al muchacho estúpido Perro! —gritó un pandillero que se le acercaba—. Vamos suéltalo, suelta al muchacho o te vuelo los sesos — el pandillero sacó una pistola calibre 32 *Combloc* encañonándole su cabeza. Y el niño se desvaneció como una mata de plátano que caía al suelo.
—Por poco lo matas bruto, eres una bestia, no miras que solo es un niño.

El perro, hombre corpulento de camiseta verde olivo, pelo negro y peinado al estilo rasta o *dreadlocks*, característico de los rastafaris, levantó las manos con pizca de cagadera diciendo:

— ¡Cálmate hermano!, ¡cálmate hermano!, cálmate no hagas ninguna locura, sabes que te aprecio, nos apreciamos, por favor baja el arma.
—Sí, bájala —engalanó la conversación también Cara de piña el último del trio.

El pandillero bajo trémulamente las manos con el arma. Puso seguridad a la pistola y como no queriendo la cosa, la guardo para que se calentara con los huevos, suspiros trillizos se esfumaron en el aire pesado.
El Perro de pie, toco sus manos, encadeno los dedos y los hizo tronar fuertemente como si los quisiera quebrar y dio un jadeo brusco universal

de perro rabioso. Luego dio un impulso a su brazo derecho, cuyo puño formado en el aire pego en el rostro del pandillero que le apuntaba desde hacía poco tiempo con el arma, cayendo este encima de la hojarasca. Nada que ver con el *jab*, del tres veces Campeón Mundial de Boxeo Profesional Alexis Argüello, *el flaco explosivo* del cual decía, ser aprendiz de su técnica boxística en tiempos juveniles. No conforme el Perro se lanzó a su amenazador y comenzó un pleito inmisericorde, golpes en la cara, espalda, huevos, traseros. Todo se valía, hasta que el Cara de Piña uso sus dotes de reconciliación y apaciguo los ánimos calientes. Ya separados, el pandillero al cual el niño le debía la vida. Toco el brazo derecho de este y verificó las pulsaciones por minuto del corazón. —a tiempo— enunció. Cara de piña se tragó un gargajo. Y el Perro dijo:

—Sos una mierda Martin Gugalanna, por nada me matas y todo por un simple mocoso.

—Si, por un poquito. Te aseguro que no es uno de esos niños que vemos fundirse y fundidos de droga en las calles de Managua.

— ¡Ah! ¿Quién es, *rico*, *ricon*? No seas un alma de mierda. Entiéndelo de una vez no soy tu sí señor ¡Me entiendes estúpido! Come mierda. Si me vuelves con esa gracia en otra ocasión, te vuelo los sesos con esta arma que llevo al cinto —exclamó el Perro con tono autoritario—, otra vez será con ese cabron —señaló a Kili—.

¡Que lo agarre! Bueno no será el primero ni el último —balbuceo —, lo quiebro como que me llaman el Perro. Juro por lucifer que lo asesino como a los otros con mi revolver *Smith and Wesson Special* y lo entierro a tres cuartas de esta manota —levantó su mano izquierda —. Ja, ja, ja como lo hice con el leñador — sonrió y luego solo pudo percibirse el sonido de un pedo manipulado desde su esfínter anal; fuerte, chirriante, sonoro y hediondo que le salió intempestivamente de su trasero.

—Estame con esos cuentos hijo de puta. Yo soy el que te volaría los sesos y no vos, aquí mismo si así lo deseas —Martin espantaba con las dos manos el tufo.

—Aventate pues hijueputa, ¡que te empuje el demonio verga y veremos! —exclamó violento y furioso el pandillero.

— Calmémonos los ánimos —dijo Cara de Piña estupefacto.

— Pero llegara ese día te lo juro. Juro por Dios. Pero si no soy yo, será otro el bicho que te chupará los sesos como en sopa de pollo indio.

— Déjate de payasadas que me cuelgan como a vos. Pero quiero que sepas, que este al quien por nada matas es un amigo de mi hermano adoptivo Figura, ¡el que vende en la pista! —exclamó con voz estridente Martin.

—Yo creo que tu hermano es homosexual, ¡Baah! —dijo de súbito el Perro moviendo la cabeza.

— No sigas jodiendo Perro, vete a ladrar al portón a ver si viene alguien. Míralo Cara de piña es un niño, a lo sumo trece años y sabe tanto de este mundo como nosotros. Pero a diferencia trabaja.

Es hermano de una niña llamada Burusquita de diez años aproximadamente. Él es padre y madre a la vez.

— ¡Diablos!, que romántico estamos hoy *hijueputa*. Hay es padre y madre a la vez —dijo en tono sarcástico Cara de Piña, acariciando su revolver *Colt Cobra* dentro de su mochila *jansport* color negro.

— Por lo menos ellos lo intentan ¿o no? Y nosotros seguimos robando y matando —dijo en tono amable y pausado Martin.

— Te aseguro que si este piche —señalo al cabezón de Kili —. No tuviera un padrino —vio con ojos dé condescendencia a Martin—, lo comemos porque lo comemos vivo. —sonrió el Perro, a la vez que se acariciaba el pelo.

— No estés con habladurías. Ya es suficiente desaste de ese enano que nos atrasa en el trabajo — enunció Cara de piña y suspiró sin vacilar.

Martin con aires de preocupación se acuclillo cerca del niño ido. Le dio unas leves cachetadas con la mano derecha y le dijo:

— Óyeme, oime chiquillo, Kili, Kili Kilali vamos reacciona, está bien vamos reacciona. Pequeño espécimen en extinción.

—Perro, hazme el favor de traer agua en tu gorra, no te hagas el sonso.

—Haceme el volado, ¡Hombre!

— ¡No jodas! ¿Y todavía que le ayude?

El Perro vio a los ojos, a su compañero de pandilla. Mascó un trozo de ramas de Guanacaste que le había quedado en la bolsa de su pantalón marrón después del turqueo. Se desplazó lentamente hacia el grifo que olfateaba el suelo húmedo cerca del enmallado, cada vez que caminaba se le bajaba el pantalón y él se lo subía ¡No había duda andaba cañanbuco! Y trajo un poco de agua que se filtraba en su gorra azul. Corrió un poco para que no se le cayera toda.
Llego donde estaba kili, se la aventó en el rostro, tal como si echara la basura en el basurero municipal a las dos de la tarde como algunas veces solía hacerlo —prosiguió Martin.

—Vamos Kili, reacciona —a la vez que tiraba de él. Lo sacudía con la fuerza, de esas que saca uno algunas veces para derribar a punta de enviones el fruto de un coco viejo, Kili volvió en sí, se sobó el pescuezo con delicadeza mayúscula y dijo en tono violento:
—¿Quién fue el *hijuelacienputa* que me golpeó y que por nada me arranca la cabeza de un tirón? Si me dieran una pistola, juro por Dios. Que me lo quiebro, por qué me lo quiebro al agresor y lo mando al quito infierno, ¡Ay! —ladeo lentamente la cabeza —. ¿Verdad que, con la vida, no se juega? —vio a los tres pandilleros, estos se vieron a los ojos —. ¡Tiene huevos este mocoso! —salió de una de las tapas hedionda a mierda. Se pusieron a reír.

Martin golpeó los cachetes del chavalo, con esos golpes dóciles mañaneros que solía tener en las mañanas al despedirse de su *mamaíta*, la Josefa Reyes Palma. Se despidió cojeando, diciéndole:

— ¡Es mejor que te vayas! Si te quedas quizás otros no fallen y te manden a pedir limosna a Lucifer en las calles del infierno —dijo el perro, como dándole consejo a Kilali.

Ya distantes del niño.

—No jodas, ¿y si no existe el infierno? —dijo Cara de piña con preocupación.
— ¡Pues así, estamos jodido! —contestó el Perro pensativo.
— ¿Por qué? —dijo Cara piña con curiosidad.
—Porque se comprobará de una vez por todas, que nosotros los criminales no tenemos dignidad — dijo el Perro, luego le miró con amplia sonrisa.
— Solo mierdas hablas Perro, pero me encanta tu análisis. —sonrió Martin diciendo a la vez—, vámonos a la verga de aquí.

Los alevosos sonrieron y penetraron en el interior del parque, tarareando el chiflido de *Wind of Change* música de una de las bandas de *hard rock* metal más importante de los años 70 y 80 *Scorpions*. Con quebraduras de ramas secas que eran iluminadas con focos de batería.



CURIOSIDAD INTELECTUAL

Las piedras pequeñas cerca de un montón de terrones secos, comenzaron a moverse y fue sacando sus antenas un escarabajo rinoceronte, sus patas descendieron del refugio temporal, como cuando un polluelo sale de su huevo que lo mantiene preso al inicio de su carrera con la vida. Se desplazó sobre el suelo de hojas secas y chorejas lentamente, arrastrando en su movimiento arquitectónico, trozos pequeños de mierda de personas que no terminaron de digerir los chanchos silvestres.

El foco a la entrada del parque lanzo su luminaria pálida y chiriza, hacia la víspera del amor taciturno en los árboles. Y trozos de vidrios productos de botellas quebradas sin etiquetas, refractó la angustia lánguida del foco al pequeño nombre Kilali en una de sus bancas. El escarabajo dio la impresión de leer el escrito, viró la testa de un lado hacia otro durante un minuto como queriéndolo memorizarlo, sus antenas bailaron al unísono. Aniquiló su curiosidad y se encamino encima de hongos, tortuguinamente hacia el orificio practicado en una de las raíces venosas del viejo árbol de Guanacaste. Súbitamente debajo de hojas secas de jícaro sabanero y chilamate, arrollada una serpiente cascabel de 1.5 mts, hambrienta de tres días, formo una S en el aire y se lanzó encima del escarabajo el cual fue atrapado de un solo tapazo, su cascabel al final de la cola emitió un sonido de advertencia de que es muy peligrosa y asesina. La serpiente repto hacia uno matorrales de aromos, pencas, zarzales, tunas no tan lejano y desapareció en la oscuridad, llevándose consigo la curiosidad intelectual de un coleóptero. Pasadas las horas en el parque, las parejas se diluían en hilo discontinuo rumbo a sus hogares u otro lugar seguro. Se escuchaban movimiento de animales como: monos, tigrillos, zorros, guardatinajas, venados, coyotes, cusucos, conejos, gatos montes y reptiles como; lagartos, iguanas y garrobos que tomaban sin escritura lo

que realmente les pertenecía. También se suman las almas en pena de personas dañinas que pagaban algún castigo divino. Luciérnagas, búhos y murciélagos volaban sin discreción, jugando al cero escondido en numeraciones arboriles. Las lechuzas en un árbol de quebracho colorado, cantaban canción de cuna para que un conejo saliera de su escondite se durmiera en su laurel negro y, ¡zas!, sirviera de plato exquisito.



EL COYOTEO…

— ¿Idiay, jodido que haces allí? Te pueden ver los pandilleros del barrio Jorge Dimitrov, que pulula por aquí. Recuerda que ellos son buenos a quebrar narices a puñetazos, quebrarte la vida con cuchilla de zapatero o de un solo tiro en la cabeza. Así es que hubieras esperado dentro del parque escondido fiera —dijo con tono perplejo Figura.
— ¡Bah, mierda!, ¿En fin donde sentirse seguro? ¡Verdad! —carraspeó y habló en voz baja vacilante Kili, luego quedo en silencio.

Al notar la mudes pasajera de Kili, Figura tomo la iniciativa.

—Es una pregunta difícil de responder, a veces pienso cuando tráfico por aquí —rodeó con sus ojos el ambiente —. Que, aunque existan esas líneas de faroles con iluminación opaca. No es lo suficiente para sentirse protegido. Claro en dado caso que aparezca alguien. Que no ves agrado en su rostro y en su cuerpo observas una arrechura amarga a punto de parir una locura. ¡Un asesinato!, tienes miedo y sales como estampida de perro al escuchar los cohetes que revientan en el espacio buscando protección. Esa estampida te puede salvar la vida de algún aguijón en las tripas o una bala dirigida que te puede llegar el corazón. Y siento miedo claro, que ahorita no lo siento por que estoy con vos, porque cuando uno está enyuntado, sabes que tu verdadero amigo no te dejará morir y buscará ayuda en caso necesario. No te parece Kili —su rostro expresaba inquietud y sorpresa, pero no temor.
—Sí, para eso están los amigos, pero hace rato no había nadie y por un pelo me llevan a la tumba de puro aire. No sé quién o quiénes eran. Me agarraron del cuello, ¡Uf!, vieras como duele sentir tu cuerpo sufrir. Hasta temí que me arrancaran la cabeza de un solo jalón, sentí que levantaron de este pelo —señaló con su brazo derecho un cuarto de metro de altura aproximadamente arras del suelo —. Yo pataleaba,

remaba tirando vergazos a lo loco, con las manos. Hasta que me desmaye. Perdí el conocimiento —repuso con cierta dignidad y luego prosiguió:

—Tras corneado apaleado. Me pega la fiebre pasajera, ¿Me pegan los pandilleros los *Brujos de Villa Cuba*, *los Dragones* de las Jagüitas o la *Bananada* del Reparto *Schick*?, ¿O quién sabe? y si estoy tan de malas, tal vez te atreves vos —balbuceó dándose un puñetazo débil en los brazos.
—Eso no. Estas suertudo fierita, de suerte que te dejaron contar el cuento —dijo con cierta sorna Figura.
— ¡Gracias a Dios! —balbuceó Kilali.
—. ¡Vaya!, porque a otros los cuajan y los mandan al cementerio San Pedro y sea un acompañante más del general José Santos Zelaya.
— Estuvo tu hermano Martin. Yo lo reconocí, aunque vos me lo enseñaste de pasajera el mes pasado en el cuadro de *baseball* del Barrio San Luis, cuando jugaban los Indios del Bóer contra los Dantos. Fue, él que me levantó de cachetadas para que volviera en sí. Inicialmente vi nublado. Se aclaró la visión. Estaba con sus entrañables amigos el Perro y Cara de piña. Se fueron por allá — señaló con el dedo índice de la mano derecha al interior del parque —. ¡ah!, pero yo no me aguevo animal, pues, así como me vez estoy vivito y coleando contándote el cuento. Mira de todas maneras aquí no hacemos nada, ¡Vámonos, *Prix*!, vayámonos al Asentamiento Violentamente Dulce a merodear, Quizás vemos algo bueno. Hasta un plato de comida, ¿Y me invitas? Vos sabes que la señora no es pinche —al decir estas últimas palabras Kili se echó una risa que jugueteaba con sus labios resecos.
—Vamos pues, chatel. De que si estas un poco salado lo estas *brother*. ¿O sea, si hubiese estado aquí, me hubiera calentado los ánimos con mi bayoneta de AK-47? —inquirió Figura.
— ¡Uy!, si tan siquiera fueras un pandillero *come muerto* te lo creería, ¿Pero vos? Ya se me imagina, vos peleando solo con la cara y, ¡pum!, noqueas a la tierra con la frente, ¡ja, ja, ja, ja!, que risa me da, de solo pensarlo.
—Dejando de bromas, ¿Cómo te sientes Kili?

— Estoy bien, gracias a Dios. He nacido. Solo fue una mala experiencia —dijo Kili asustado y arrecho.
— Pase por el refugio, Burusquita jugaba con Linda la hija de Sebastiana en las afueras de las ruinas. Le pase dejando un platillo de carne asada que compre en 15 córdobas oro. Así que podés llegar un poco noche, hasta la madrugada si vos quieres, ya sabes Burusquita se acomoda con el diminuto cuerpo que tiene, cerca de las tres piedras que sirven de cocina y ¡zas! Se duerme como una cuyusa.
— Bueno, no sé cómo pagarte condenado amigo. Algún día será.
— Deja de decir babosadas. Ayúdame a vender mis productos como lo has hecho todos estos años. *Y todo se resuelve mi hijo*, como me decía mi difunta abuela, Mercedes —el tamaño de Figura ejemplificaba la diferencia en la sombra proyectada en la acera de Kili antes de cruzar la vía —, mira Violentamente Dulce —señaló Figura con un suspiro. Y comenzaron a caminar.

Violentamente Dulce resplandecía después de las ruinas como a medio km después de un despale indiscriminado.

—Dirás eternamente violenta, pedazo de papel —dijo kili afablemente.

Figura se metió la mano izquierda tosca por el trabajo, en el bolsillo trasero de su pantalón negro, sacó su pañuelo de bandera norteamericana, ya se iba a limpiar el rostro.

—Haber préstamelo —Kili sonrió. No hubo palabras de consentimiento de Figura, cuando le quitaron el pañuelo rápido de las manos.
— ¡Vaya! ¿Qué te pasa? Cálmate. Déjame tan siquiera lavarme las manos y secarme, enano.
— Ya lo tengo en mis manos así que no sueñes despierto. No te lo daré, no estés jodiendo ya —dijo Kili.
— ¡Dale pues! Está bien, está bien, ¿Para qué lo quieres? —preguntó Figura.
— Para esto —dijo Kili con voz brusca y cortes, bordeó su cabecita con el pañuelo y lo anudo por la parte trasera de su cabeza, se puso a

reír—, ¿Qué te parece? —preguntó con tenacidad.
—Bien fiera ¡Excelente chatel! pero otro día me dices lo que piensas hacer antes de actuar, por que un día de tantos —dijo con voz cortante.
— ¿Un día de tantos qué? Dilo o te molesta que ande el pañuelo — dijo Kili enojado señalando con aires de don Juan, su cabeza.

Figura un poco pasmado, sorprendido, pero comenzando a bañarse en el encausamiento de sus ideas y sacar la mejor parte de la conversación dijo:

—Pues te cargaría a cachimbazos la cara —terminando con una sonrisa maliciosa de oreja a oreja, que fue motivo del levante esbozado de una sonrisa en Kili.
— ¡Bah!, me rebanaste el queso de mi mente. Por poco me trague el anzuelo de tu mentira —cruzaron la vía bordearon las ruinas, atravesaron cruces de calles.



FRITANGA LA RACACHACA

En la carretera Panamericana Norte, viendo a los niños se anunciaba en una pancarta gigantesca: Aeropuerto Internacional... A Varios metros del anuncio, en el andén opuesto, había una Fritanga conocida como *La Racachaca*. De esas que abundan en la capital. Con una mesa de tres metros de largo por uno de ancho, llenas de cacerolas pequeñas de aluminio completamente lleno de sustento. Un barril de aceite Castrol de motor de automóvil que hacía de cocina, con un orificio cuadrado en su centro que sacaba trozos de leñas como lengua. Leña quizás del parque Segovia o de los alrededores de Mateare o los Brasiles, pueblos un poco abandonados de la capital. El humo se desprendía de está, llevándoselo vehementemente las corrientes de aire que se le escapaban al Lago Xolotlan cerca del malecón. Aun así, Felicita Nikasi pescaba su parte al atizar el fuego y daba la impresión que lloraba por las lágrimas que vertían sus ojos. Ella dejo de atizar el fuego de la cocina y con el delantal blanco y abombado de vestimenta, se frotó su rostro un poco maltratado por los años y también por las patas de gallo que hacían de raíz de las pestañas.

—Doña Felicita Nikasi, ¿Qué tal? ¿Como esta? ¡Wow!, como que parece que lloramos por algún novio, viejecita bandida. ¡Oh!, con que se la tenía guardada. ¡Viejecita bandida!

— ¿Deja de molestarme muchacho, que quieres? Dímelo. O no te conformas que la vez pasada me rebanaras, frente a las putas, travestis y los taxistas en la madrugada.

Pero ahora no pipito. No lo vas a creer, pero estoy preparada de cualquier ataque rebanon de mi candidez —al decir esto Felicita se puso a reír y escupió al andén.

—Ya tus cincuenta abriles te están llegando — dijo Figura.

—Anda pide lo que quieres, ya sabes que todo lo que te vendo es a un precio razonable. ¡Baah!, o sea sin ganar ni un centavo oro para mi beneficio.

—Bueno —dijo Figura, a la vez que sonrió y vio a Kili que andaba palmado de billetes, que le quedaba viendo un poco perplejo y hambriento.

—Haber Kili no te quedes como un perro en procesión. Pidamos lo que queramos. Al final todo tendrá su límite. Como siempre.



EL AMOR A UNA MESA

Esta era una mesa, no como las mesas que son plegables de hierro, aluminio traídas de Japón, Alemania o por una trasnacional Taiwanés. Esta era una mesa de pino traído expresamente de Nueva Segovia ciudad al norte del país. Trabajado por el carpintero Fabricio Utu el hermano de Claudia la vendedora de ropa usada en la parada de buses cerca de los semáforos del Zumen y de Alejandro el lavador de vidrios de autos, el de la estatua de Montoya. Padre de Carlos, Pedro, Augusto, Bayardo, la pequeña Celestina y padre adoptivo de C*ome cuando hay* el perro más querido del asentamiento Violentamente dulce. Esta era una mesa pegada con clavos de pulgada y media en madera seca por la muerte de su progenitor. Esta era una mesa comprada en cien córdobas oro en abonos de diez córdobas oro semanal. De patas gruesas y de tablero reforzada en su interior con ripios de roble blanco. Esta era una mesa no pintada. Felicita no la quería pintar. Quería ahorrar dinero para componerse el colmillo derecho donde Alejandro Ortiz, el ayudante odontólogo del hospital *Berta Calderón*, que tenía su tallercito en el mamarracho de Violentamente Dulce. Esta era una mesa vendida por el amor, vendida por el amor de un carpintero a sus hijos y a su perro C*ome cuando hay*, cuando este pasaba por una situación precaria, que si no la vendía a como sea, morirían sus retoños y su hijo adoptivo C*ome cuando hay*. Así es por eso fue vendida por amor como fue hecha.

Esta era una mesa que le gustaba que la bañaran todos los días antes y después de comenzar el trabajo. Era una mesa tratada con cariño, acaricida con las manos toscas de una mujer llamada Felicita Nikasi, que vende comida en una calle del asentamiento Violentamente Dulce. No tan cerca de una pancarta que señalaba al aeropuerto. Todo alumbrado por tres faroles que agachaban sus cabezas con reverencia al transeúnte. Esta era una mesa que en la parte superior cargaba a su

gusto y a gusto de Felicita; ollas, cacerolas y otros utensilios de cocina. Estas cacerolas contenían comida: gallo pinto, carne asada, ensalada, empanada de papas y frijolitos, bistec encebollado, chancho frito, carne tapada, nacatamales, tortillas de maíz y papas fritas con queso. Esta era una mesa que todo lo que cargaba era construido a base de crédito del usurero Evenor Laínez.

Esta era una mesa que cargaba las risas, las lágrimas de una mujer, abandonada por su marido, como tantas mujeres en este país. Abandonada por Antonio Salinas el mesero de un bar restaurante conocido como Múnich en el Reparto Miraflores de la capital. Se fue con el cuero de la Etelvina Sáenz una joven de veinte y cinco años, bellísima que solo le gustada vestir de falda corta. Si, Felicita Nikasi abandonada con tres mocosos; Lino, Efrén, Ardemis, madre y padre a la vez. Que el pago mensual del colegio Pinocho, la vestimenta, los tres tiempos de comida descalfados de las ganancias y tanto otros menesteres. Esta era una mesa inseparable de su dueña. Esta era una mesa a la par de un carretón de cedro real, el vehículo de Felicita. Este era un carretón vehículo de Felicita Nikasi, la que vende comida en las noches hasta el amanecer en una de las calles de una hermosa ciudad controlada por unos pocos, a los cuales el estado no les pone mano dura. Este era un carretón que hacía de *policía* panzón, con rostro invisible y brazos flácidos, que tenía pies imaginarios que pegaban con la parte superior del andén. Que en su interior tenía dos manojos de leña seca de guayabo, amarrados con desdén con la piel de matas de plátano, compradas en el Mercado *Oriental* a la viejita Adelita Contreras que vivía en una finquita en el municipio El crucero cerca de la capital. Esta era una mesa de pino cortado en las montañas de las Segovia, amiga inseparable de un carretón de cedro real cortado en las montañas espesa de Jinotega. Ambos propiedad de Felicita, Liceo y sus hijos.

DESPUES DE UN GUSTAZO

—Que vas a comer Kili —dijo con ansiedad de alimentos Figura.
—Me voy a comer un nacatamal con tortilla —enunció sonriente Kilali.
— ¿No crees vos que esos chanchos, eran originarios del Parque Segovia?
—Mi mamita me decía una frase célebre del expresidente José María Moncada, que nunca se me olvida: «El que come un nacatamal no pregunta lo que ha comido el chancho» —ambos sonrieron complaciente.
— ¿Y vos que vas a comer animal?
— Pues, yo comeré lo de siempre ¡carne asada con gallopinto! — hicieron la compra, a cada uno le toco un buen bojo de comida.
—Ni modo *brother*, sin fresco de fruta, ni Coca cola, ni Pepsi, *Kola Shaler*; ni café, ni verga. Se nos acabó la plata. A conformarnos con agua. Regáleme esa bolsa de agua que tiene cerca de las hojas de plátano. Felicita, Démela por favor no seas malita, ¡Dale! —dijo Figura.
—Está bien cara de mono agárrala —refunfuño, Felicita Nikasi.
—Gracia por eso yo la quiero tanto, bueno digo nosotros verdad Kili.
— ¡Si, gracias señora! —exclamó Kili, tartamudeando con la boca llena de comida.

Al terminar el banquete, volaron al suelo trozos de hojas de plátano del nacatamal. Los cruces de carretera eran alumbrados por faroles decrépitos por el tiempo. Si hubieses sido la visita avanzada la noche las fajas asfaltadas, no estarían así de áridas. Pues estarían un poco congestionadas de taxis, buscadores de exquisitos cuerpos femeninos o masculinos según los gustos del cliente. Se dice que los mejores traseros que merodeaban a las orillas del Hotel *intercontinental* y el camino de oriente, salida a la capital Masaya ciudad de las flores, habían trasladadas sus oficinas al sector. Porque la *policía* les dio la reprimenda el martes pasado, al negarse estos a pagar las mordidas

establecidas. Pero ahorita no había esa multitud. Solo Felicita Nikasi con su fritanga, con su perro negro que comenzaba a acercarse cansado de la caminata ¿De dónde venía, esa es la incógnita? Este le sacó la lengua y comenzó a ladrar dando a entrever que andaba sediento de agua. Se escuchaba el alboroto de grillos con sus canticos de paz y ese gemido fantasmal que se desprendía del aire, que se estrellaba sin violencia en los transeúntes y habitantes del asentamiento Violentamente dulce. Kili camino encima de las hojas de plátanos que acababa de tirar, diciendo:

—Muerto la Lora, «Barriga llena, corazón contento» —y Kili corrió hacia la intersección. En donde una línea asfaltada continua llevaba al aeropuerto. Cerró los ojos y comenzó a saltar lleno de alegría. Murmuró, comenzó a bailar una combinación de *rock* y balada romántica, salsa y zapateado con música desconocida que salía de su boca medio cerrada, como poseído de una ternura serena y paz. Felicita Nikasi les quedo viendo de reojo a lo lejos, arrecha diciéndoles a gritos:

—Chavalos jodidos que no le han enseñado modales: «Que no saben que cuando uno come gallina, hay que esconder las plumas y no venir a tirarlas donde uno quiera» Para eso existe el basurero y no ensuciarme mi puesto de trabajo —murmuró Felicita Nikasi palabras vulgares y comenzó *encachimbada*, con una escoba plástica color azul a barrer y hacer un montoncito con la suciedad.
—Óyeme kili ven, ¡Te puede hacer picadillo un carro sin luces! Ven no te hagas el idiota.
—No hay carros, ¡No ves, que no hay nada en la carretera!
—Acaso vos no eres el enfermo de la fiebre hace rato, cabezón — recalcó Figura.
— ¡Ya no sabes pues! Eso se me fue, ¡Me siento pijudo! —dijo en tono alentador, kili.

Figura veía como se desplazaba su amigo, con esas paces recién inventado, del que nuca va a fiestas y menos la patronales de Santo Domingo, de cerca el semáforo jugaba con color rojo destellante, intermitente, continuos. El viento movía la bandera azul y blanco de

Nicaragua colgada del alambre eléctrico a varios metros de altura. Daba a entender que a lo sumo, el presidente Violeta Barrios Vda de Chamorro había pasado o pasaría por el sector.



FALTA DE VOLUNTAD

El ver partir a sus seres queridos en el aeropuerto internacional rumbo a Miami, le partió el corazón en tristeza. En fin, había quedado sola. Sola con los empleados domésticos en su vivienda en Residencial los Robles. Sin ningún pariente cercano en la capital, todos vivían en la Costa Caribe, unos en *Corns Island* y otros en *Bluefields*. Se habían trasladados a vivir allí en los años 60 ya que no les gustaban las tolvaneras que provocaba el cultivo extensivo del algodón cuando arreciaba su impacto en el barrio Zaragoza donde habitaban en la ciudad de León. Compraron tierras e hicieron algunos negocios prósperos en la rama de electrodomésticos, vestidos y en la rama de la construcción, trasporte. Ellos hacían negocios en su mayoría con los países vecinos en el caribe como Colombia, Costa Rica y Honduras. Pero con el sector pacifico de Nicaragua, era una proeza ya que ningún gobierno se preocupó para que existiese esa comunicación fluida por carretera asfaltada, con la faja del caribe. Ellos tenían fe en el desarrollo de la Nicaragua y como nacionalista empedernido que son escasos hoy en día, se dieron a la tarea de colocar un granito de arena en beneficio del país.
Pero Dulcie había quedado sola en el pacifico nicaragüense. Ese era el punto.

— ¡Qué barbaridad! —se decía, pensó que no tardaría en emprender el vuelo también a Miami—, ya me veo caminando por *Lincoln Road* ¡Dentro de tres meses! Claro, si vendo la hacienda *La Española* ubicada en la ciudad de Chinandega. ¡Dios mío!, que se decida en la compra Haroldo, ¡Ah!, pero la tierra expropiada injustamente por el gobierno sandinista, ¿cómo me las arreglaré? —calmante Dulcie todo se solucionará. Habrá esa solución, tendrá que haberla. El gobierno de doña Violeta en las elecciones lo prometió—. No me acompaño Lidia Ereskigal. No se hubiera portado así conmigo, si yo con ella siempre

soy legal. Y más que le dije:
—Lidia se me averió la camioneta Toyota *lexus*. La tengo en casa Pellas reparándola. Me la dan pasado mañana por la tarde como nueva, préstame tu *Nissan Patrol* mañana. O sírveme como mi conductor particular. A tu amiga, hazme el favor, recuerda que cuando tengo bueno mi vehículo te lo presto, para que varíes, ¡ah!, no la rejodida. —que tengo que ir con Beto mi *crush* al hotel *Montelimar* a la inauguración de la fiesta *Disney*—, como si eso fuese un pretexto lo suficientemente convincente para que aceptara el no. Y yo le dije jálate, desaparece. Ella que pasado mañana. Y yo ¿para qué pasado mañana?
— Me lo hubieras dicho ayer. Pero me lo dices cuando falta un día.
— ¡Qué carajo! ¡Oiga!, que te dicho de un viaje a Miami donde el *big brother* ¿Vos sabes para que quiero el vehículo? ¡Te estás haciendo la boba! ¿Que no lo sabias?, era el pan nuestro de cada día y hoy es martes. Y mañana es la gira de Carol y familia. Y vos como siempre haciéndote la loca. Que de loca no tienes nada, porque si lo fueras ya estuvieras en el Km 5 carretera sur, en el hospital psiquiátrico.
—Ya se tu solución réntate un carro en Lugo *rent a car* —dijo Lidia Ereskigal a carcajadas.
—No me sentiría bien, es lo probable. Nunca me adapte balazo al uso de carros ajenos. Solo lo necesito en un corto tiempo. Vamos amiga que dices y ¡pum! y se acaba esto.
—Págale a alguien que conduzca el rentado. ¡Oh, ya se! Tengo otra solución, llámate por teléfono a una cooperativa de taxi y contrátate a uno.
— ¡Oh! ¡Oh!, me vienes con eso. Cooperativa. No soporto la palabra cooperativa revolucionaria; me huele a Marxistas leninistas. Ellos creen que con ese pensamiento materializado traerían el paraíso a la tierra, pero lo que realmente están, es trayendo el infierno, estos jodidos. Fue por ella que me confiscaron mis dos mejores haciendas de ganado lechero y de carne La Golondrina, San José en Chontales, así como también la hacienda criadero de caballo andaluz *Dos montes* en Carazo. Tanto que me gustaba participar en la fiesta hípica los 10 de agosto en honor al patrono de Managua Santo *Domingo de Guzmán* a mí, porque a mi esposo Crescencio le gustaba participar en las actividades de diversión

y esparcimiento de caballos pura raza, en el mejor club de Nicaragua, el Cocibolca *Jockey Club* en la ciudad de, Granada. Y ahora sin nada. No me vuelvas a martirizar con esos recuerdos que corroen hasta lo más profundo de mí ser. No me lo recuerdes. No me recuerdes mis perdidas, por la famosa reforma agraria. Pero la *UNO* (*Unión Nacional Opositora*) prometió que las devolvería cuando llegara al poder del gobierno. Nos la devolvería cuando ganáramos las elecciones. Pero ya llevamos tres años y veo esto duro, estos rebeldes la supieron hacer. Mis tierras, la herencia de mis difuntos padres. —si no le paraba la inspiración Lidia, Dulcie se estampaba el rostro en llanto.
— Sí, eso ya pasó cálmate, cálmate no te asienta que tomes las cosas así, con lo que respecta a esas propiedades que para mí ya perdiste.
— ¡Oh no!, todo tal vez se solucione, talvez haciendo unos trámites burocráticos con el sistema judicial, «Platita en mano, culito en tierra» ¿Eso no cambia? ¿No te parece? Todo se puede ya sabes que: «en política hasta los ríos se devuelven» —dijo Dulcie con frustración.
—De todas maneras, el gobierno de doña Violeta no ha hecho mucho al respecto se ha ido solo en farándula, solo en furulla. Ya ves la Albita Estrada no les han devuelto sus propiedades de tres casas frente al mar en el balneario las peñitas en Sutiaba, barrio indígena de la ciudad León. Y eso que ella no tenía nada que ver, ni ningún pito que tocar con el gobierno del dictador Anastasio III, *Tachito*. A veces pienso que todo ese alboroto de las devoluciones no va a terminar en nada. Les quedara a esos privilegiados, sin que les cueste un centavo, ¡baah! Distribución de la riqueza —exclamó Lidia
— ¿Devolverlas? ¿Pero bonos de indemnización? Te lo juro que, si me los ponen de frente, cerca de la jícara les hago picadillo ¡Uf!, estoy cansada, no me cambies la conversación. Nos estamos yendo por la tangente — dijo Dulcie acelerándosele el corazón.
— Como que no viene al caso.
— No te hagas la tonta —enunció la señora Dulcie, tomándose una aspirina con medio vaso de agua.
— ¡Dale, hazlo!, llama a una cooperativa. A la cooperativa independiente si esa es tu camorra con los izquierdistas —dijo Lidia.
—Tener que hablar con ellos me hierve la sangre. Aunque les hallamos

botado del poder. Pero con lo poco que ha hecho el gobierno de doña Violeta, con el hambre que atañe a la mayoría de la población, me siento insegura y que esos revolucionarios carabinas vírgenes tomen el poder otra vez. Que lo tome cualquier otro partido, pero ellos nunca. A veces me aflijo cuando veo como se ponen esas calles en protestas sociales, hasta la pata de gente afines al partido sandinista. O cuando se hacen concentraciones, actos públicos en homenaje a la revolución.
—Tómalo con calma, ya deja de tomarlo a pecho, un infarto te estás buscando ¿qué *diacachimba*, unos viviendo tranquilamente y vos en un calvario? —dijo Lidia con rostro preocupado.
— ¡Bah! Turbas divinas. Lo que me preocupa también por este lado, por la derecha solo están con babosadas los políticos. Hasta el tren del *Pacifico* ya no existe, lo vendieron como chatarra estos jodidos del gobierno de doña Violeta, ¿Qué tamalada? ¡Y nosotros deberíamos de dar el ejemplo, por la riqueza que tenemos! ¿Para qué tanta riqueza, si el dinero no sirve en el cementerio? Ya lo dice el viejo y conocido refrán: «El que tiene más galillo traga más pinol» ¿Qué ejemplo estamos dando a los jóvenes? Viéndolo bien, no aprendimos nada de la historia, ¡Que bárbaro! Que formo este partidito, a que yo me enojo contigo; no nos hablemos, que nos hacemos cucharita. Que hay que estamos peleados y ¡chas!, nace otro partido como paren las vacas en la hacienda *Los* cabros de Leonardo Rueda en Jalapa. ¡Mariconadas!, así como vamos a ganar. Como cuando la *UNO* (*Unión* Nacional *Opositora*) en el noventa. Sera otra lucha. Y por qué no quiero competir, no quiero combatir en esa lucha cívica unos meses más. Solo verán mi rostro en solo fotografía. Lidia por eso y más. No, no, no, no me importa qué y lo que representa para mí y para nosotros de la derecha: cooperativa revolucionaria. Y eso me basta para decir no, no, no, no.
Está bien no hay problema. Te portas mal conmigo con tu amiga del alma y debería de ser lo contrario ya que son mis últimos días en Nicaragua. Me haces esto te lo aguanto. Aunque lo reconozco pesa. Pesa por que pesa. De todas formas, te lo agradezco. Pero con esto no habrá otro terremoto y se destruirá nuestra amistad como nuestra capital: «Las amistades no se pierden por pensar diferente»

—Dulcie vos sabes que yo te quiero y estimo mucho, sos como la hermana que nunca tuve, busca encontrar paz interior. Hazme caso, vive tu vida: ya deja el pasado, no te beneficia en nada. Mírame mujer veré que puedo hacer por vos. Te llamaré por teléfono —dijo Lidia Ereskigal con entereza familiar.

Muerto Crescencio Enlil Padilla, sin hijos para darles el inmenso cariño que lleva dentro.

—Qué vida de perros llevo. Le hubiese aceptado la propuesta que me hizo después del matrimonio de ir al hospital del niño a adoptar uno. O al hogar *Zacarías Guerra* detrás del *CCM* (*Centro Comercial Managua*). Tenemos plata. No nos costara nada el amor lo cubren todo. Lo legalizamos. Que el doctor Curran nuestro abogado haga los trámites respectivos. Y ya somos padres Y completamos lo que Dios no nos permitió tener —bueno dijo Crescencio a mí. Por qué vos si estas apta de allí —. Y me toco la panza. Ahora que no está él, veo que todos se van y siempre hay alguien que cuida sus pasos. Y yo, Dulcie Ninlil Paiz Vda. de Padilla nadie me sigue. Soy la seguidora me siento echa lastima.
Tengo ganas a veces cuando me pica la ranita de la soledad de ir a uno de esos centros a adoptar un niño. Para que sea mi hijo y entregarle todo el amor que tengo. No me atrevo, ¡Oh Dios!, todavía lo quiero, estoy confundida —la señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla se agarró la cabeza, llenando entre dedos su pelo crespo suelto negro.
—Creo que cuidaré las dos hijas de mi hermana; Maritza y Esmeralda. Como mis niñas y los cuidaré como lo hice al entrar al aeropuerto el año pasado, cerca de Henry Gustavo mi cuñado, ¡Uf!, pero no es igual. Nunca será igual, ¡Qué bonito vestido! Qué bonito esa cartera ¿No me parece? Dulcie son mejores los otros. Se me imagina, ¿Nunca lo será? ¡Uy, qué feos! ¡Uy!, que gusto.
— ¿Ahí quién es, alooo, Aloo?
— ¡Soy tu yunta!, Lidia.
— ¡Clase de yunta! ¿Dime, porque me llamas?
— Te conseguí lo que querías. Alguien que te sacara del clavo que

tienes con el trasporte al aeropuerto, fácil de solucionar pero que vos no quieres darte color con la gente pesada. Ellos lo podrían hacer, así ¡chas! de rápido. O ya conseguiste con otros amigos: Luis Ortiz, Marcos Pellas, Fredy Coen o Vivian Montealegre.
—No, como que no te conociera eres orgullosa, pensé que me harías caso.
—Contaba con vos, ¿Escúpelo quién es?
—Es un amigo alejado de la ciudad, pero de confianza. Si no, no te estuviera llamando. Sería una idiota en conseguirte a alguien que no conozco. ¿No lo crees? Y te haga chanchadales en la carretera. Te robe, ¡Ja, ja, ja!, ¿Confías en mí? ¿Si, o no?
—Sí, confió, ¿Aloo, aloo?
—Si aquí *estoy*. Su nombre es Marvin Namtar Balmaceda, Es un amigo de mi hermana Pitufina. Estudia en la *UCA* (*Universidad Centroamericana*): Trabajo social y gestión de desarrollo. Y está en la banca o sea en el desempleo, porque hubo reducción de personal en el *MINED* (*Ministerio de Educación*) donde trabajaba como metodólogo de trabajos infantiles. Esta así desde hace tres meses. Sin ganar ni un quinto de córdoba oro. Aunque creo que todavía le queda una parte de la liquidación me supongo; pero bocas que alimentar su esposa y tres cabezones. ¿Te lo imaginas?
— ¿El vendrá?
—Sí, ya le di la dirección.
—Trátalo bien. Ten confianza, es buena gente. Aunque a veces se le sueltan los cables eléctricos en su cabeza. Pero nunca ocurre nada fuera de lo normal.
— ¿Como que se le sueltan los cables en el cerebro?, no me asustes, ¡Que te corto la llamada, aquí no más!
—No me agarres la vara, como dice la *prole*.
—Si es buena gente como vos lo decís, no hay problema. Que pase por casa a las cinco de la tarde. Se lo dices. Pagaré bien.
—Bueno, bueno.
— Estaré todo el día en casa, por si pasa algo que pueda estropear el trasporte, me avisas. Saludes; a Carol, Henry y las niñas.
— ¿Entiendo que no vendrás a despedirte personalmente?

— Estas en lo cierto amiga.
— Bien. Lo haré...
—Dile a Balmaceda lo que acordamos. Que sea puntual, que no tome licor. Que no se escape a alguna fiesta.
— ¡Está bien está bien! lo haré. Mujercita más desconfiada.
— ¡Caracoles!, ¿Estás contenta?
—Si estimada amiga, que te diviertas en el hotel Montelimar con tu *crush*.
—Gracias Dulcie. Te acuerdas de saludar a la familia por mí.



«RESPONSABILIDAD COMPARTIDA»

—Cuando lo vi, me cayó bien como se dice, como anillo al dedo.
—Si señora. Solo sí, ¿qué te parece? Está bien. Es lo que me gusta decir de un caramelito de aproximadamente 25 años, tamaño 1.60 mts aproximadamente, sin bigote y de melena crespo suelto. De perfil griego. Me vino a mi recuerdo mis años juveniles en que me metía con cualquier maje que se apareciera, lógico. Tendría que gustarme, y pensé que este tal Marvin Balmaceda se tendría una relación con la Pitufina ¿y por qué no decirlo? Hasta bien podría serlo de Lidia. ¿Quién sabe? A mí que me registren. Sube las maletas —que bueno viajar e irse de este maldito país, para buscar una mejor forma de vida—, que va bien puestas las maletas. Servicial, buen carácter. Nos montamos al carro, se llevó bien con mi familia, cayó en gracia, llevaba tan lento el carro Mazda 1600 color rojo que tuve que decirle a Marvin métele la pata al acelerador para que lleguemos a tiempo.

Y él contesto:

—No se preocupe. Estese seguro que llegaremos a tiempo. Tenemos tiempo de sobra, mi carro esta excelente, hace poco le hice mantenimiento preventivo en el *CECNA* (Centro de Capacitación Nicaragüense-alemán) del barrio San Luis. Son las 7: pm y el vuelo sale a las 10: pm. Según escuché —balbuceó—. Con estos cambios de horarios en los vuelos no sé a dónde vamos a parar. Fíjense que tengo un amigo llamado Eugenio Palomares. Este se fue a Miami por la mañana y resulta que no han pasado tres meses y ya otro cambio de horario en los vuelos. Que babosadas, no les parece —como que agarraba confianza veloz—. El seguía conduciendo y hablaba como una lora en el guayabal de la Susana mi criada. Nosotros nos mirábamos asombrados la jeta. Por la confianza que demostraba con nosotros. A veces me miraba en el retrovisor, le retorcía los ojos y es que me cae mal que me vean a los

ojos. Solo a mi marido Crescencio se lo permitía. Veía su rostro en el retrovisor. ¡Oh! Me caía bien —la señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla abrió los ojos que había cerrado momentáneamente en el trayecto de regreso a casa. El carro conducido por Marvin, ahora parecía una bala.

— Lento, más lento muchacho que nos vamos a matar, recuerda que también tienes familia —dijo tartamudeando de temor y miedo.
La señora Padilla. Pensaba que maldita había sido la hora en que había aceptado contratarlo.
No pensaba lo mismo que hacia unas cuantas horas de él. Miró el odómetro en el tablero de instrumento a cien kilometro por horas y a su aguja que iba subiendo poco a poco su nivel. Llegará el malnacido a mi límite en carretera. Maldito se dijo.

—Cálmese señora, llegará, sana y salva a casa.

Al haber enumerado estas palabras de alivio, un halito alcohólico, formando una llovizna en el aire le pego en el rostro a la señora Padilla, que según decía Lidia no quebraba ni un plato ni dormida. Incrustándose el tufo borrachín en el mechón de su cabello, que hacía de guardián a sus ojos cafés. Ese mismo halito que había sentido cuando se montó al Mazda a la salida del aeropuerto.

—Lento hijo, por favor —dijo en tono de súplica al borde del llanto—, me quieres hacer pasar un mal rato ¿No te caía bien? Te pagaré. Pero por favor hijo, vaya más lento.
—Señora, ¿Usted piensa que soy novato en esto, maneje *BREM* (Vehículo de Rescate y Evacuación de Blindados) ruso en la operación Danto 88, esto no es cosa de otro mundo?
—No, no, no, no lo pienso así —la señora Padilla guardo silencio, su cuerpo se erizo por el temor de chocar con otro vehículo o salirse de la carretera, por un mal viraje del conductor en el momento preciso, ya que al tener la carretera un poco de cráteres de pequeña profundidad en su trayecto, combinadas con el alcohol en las entrañas de Balmaceda, todo podía ocurrir.

— ¡Oh Dios, una pinchadura de llanta no lo permitas!, ¡Ah!, ya veo la pelona de la muerte. Mal nacido, hijo de la *granputa* —masculló por dentro. El vehículo redujo la velocidad en la avenida Panamericana norte.
— ¿Oye, que haces? ¿Contesta? ¿Piensas matarme? —preguntó fríamente la señora Dulcie.
—No señora voy a comprar la cena, un plato de comida —Marvin sonrió.
—Que no viniste cenado cuando saliste de casa —repuso enojada la señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla.

Marvin, tuvo una recaída momentánea su cabeza. El amable estudiante con sus semillazos de licor se hizo el loco. Pero el sentido de supervivencia le hizo que fugazmente levantara la vista. Y vio el manto oscuro con puntos brillantes incontables que augurando una buena madrugada.

Sacó la botella de guaro lija, de la mochila *Nike* color azul colocada encima del asiento costado derecho del conductor con descaro. Se lanzó un cachimbazo que no fue jugando, hasta que arrugó el rostro y vio a vuelo de pájaro de soslayo al pasajero debidamente quieto y controlado que hacía de piedra que respira. Luego ambos vieron de frente. La señora Dulcie pasmada del susto y Marvin serio con ojos brillosos. Estaban en la intersección. Y Marvin dio una vuelta policiaca en dirección a la fritanga, *La Racachaca* omitiendo las señales de control de tráfico del semáforo, la fuerza centrífuga, la velocidad, lo ebrio de un conductor tejió una estupidez de ojos y solo vieron a una persona borracha o quizás loca que saltaba en el aire como haciendo una danza indígena de la lluvia. Marvin freno el vehículo y este comenzó a rechinar sus ruedas encima de la calzada y el tufo que se desprendía de la fricción de los frenos dejó su ligera sensación por el olor dentro del automóvil. Al mismo tiempo al unísono hubo gritos: graves y agudos acentuados con respiraciones chocantes y jadeos profundos que ocasiona solamente el nerviosismo y susto en estos casos. Todo dentro del carro. Y luego un golpe seco, todo bojo como el sonido del bajo de un tambor mal regulado. Y el supuesto ebrio producto del impacto

voló por el aire como Colibrí, dejando escuchar el lamento del dolor por el golpe ocasionado por la alevosía de un carro, conducido por un irresponsable de los muchos que existen en el país. Cayó el cuerpo en la calzada y rodo varios metros en dirección a un transeúnte.
La señora Dulcie había pegado fuertemente en el asiento delantero derecho y lloraba. El conductor había obtenido también su ganancia con el timón. Comenzándole a fluir la sangre de la frente.

— ¡Hijo de la *granputa*, lo mataste! ¡Lo mataste, asesino! —Dulcie a la vez que le putiaba, abrió la puerta derecha trasera y salió despavorida del carro. Marvin estaba pasmado. Sentado temblando. Sin mover un ápice de su cuerpo para investigar lo que había hecho por la irresponsabilidad. Se preguntó:
— ¿Le abre matado? ¡Ya la cage! —y golpeó el timón con la mano derecha. Soltando inmediatamente un — ¡Ay! — ya que esta mano estaba golpeada y sangrante.
—Ya me metí a camisón de once varas. Si esta vieja no conociera a Lidia , seguro que en este momento brillaría por mi ausencia de aquí. Y estuviera en el empalme de San Benito donde mis primos, escondiéndome momentáneamente. Salir cuando todo hubiese pasado —volvió la cabeza en dirección del vidrio delantero con acrecentado desconcierto. No había visto del nerviosismo al niño que estando en pies se acercaba al accidentado. Pensó.
— Esta vieja, esta vieja —levantó la vista viendo al según él. El eminente cadáver. Vio de soslayo y pudo apreciar al transeúnte que se acercaba rápidamente y se dijo mordiendo su dentadura postiza.
— ¿De dónde puta habrá salido ese mocoso? —inmediatamente se sintió descubierto nervioso, estaba la vieja, ahora el niño. Recordó la fritanga, *Racachaca* ahí la tenía cerca, estaba doña Felicita, que tenía fama de la *Tula cuecho*, haciendo señales solamente con un nerviosismo tenaz cerca de su perro *Scooby*. Que daba a entender que quería acercarse, pero el negocio lo dejaría sin su presencia. Dejar solo en estos lugares era no volver a verlos nunca más, pero una vida vale más que muchos negocios del mundo. Y se encomendó a brindar su modesta, sincera y solicitada ayuda por la señora Dulcie Paiz y Figura.

Dejando amarrado al carretón con mecate cabulla, al perro que saltaba y ladraba con avidez de morder a alguien.

Marvin estaba asustado y adolorido, completamente descubierto de su irresponsabilidad. Él no era ningún Charles Manson. Dulcie corrió hacia el cuerpo tirado encima de la calzada, del que supuestamente bailaba ebriamente. Pero cuando la señora Dulcie. Se acercaba más al accidentado. Gritó con pánico:

—Santo Dios, ¡Santo Dios, si es un niño! ¡Oh Santo Dios es un niño *hijueputa*, bájate de esa mierda!, ayúdame ¿o no piensas bajarte de esa mierda? —estaba enojada y apesadumbrada. Le salían lágrimas por la experiencia pasada y más por el cuadro percibido. El niño de bandera norteamericana anudada en la cabeza encima de la calzada, le corría sangre del costado derecho del cuerpo como si tuviera un manantial, la frente, los labios chollados y también su cabeza chorreando sangre era un cuadro de horror.

—*Hijuelacienparesdelamilputa* lo mataron —dijo Figura exaltado y lloroso. Dulcie hizo las diligencias de primeros auxilios para el caso. Aprendidos en un puesto de salud Félix Pedro Carrillo en una barriada cerca de Residencial las Colinas, en la década de los ochentas, cuando se acrecentaba los peligros de una inminente invasión norteamericana la cual tenía como objetivo recuperar patio trasero *back-yard* insurrecto de revolución.

La señora Dulcie Paiz, quedó viendo al niño que lloraba. Le dijo que no lo tocara y acentuó:

—No hijo el ahorita está desmayado. Todavía respira —doña Felicita veía el cuadro de horror y sollozaba a la vez que rogaba a Dios por el niño tirado en el asfalto —. Se pondrá bien se lo aseguro — dijo la señora. Lanzó su discurso como de costumbre doña Felicita para estos casos y como veía que todo lo que tenía que hacerle al muchacho ya estaba hecho. Le acaricio cálidamente la frente a Figura y se despidió rápidamente. La señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla, suspiró y en su

cabeza una luz navideña le dijo que todo se aprende en la vida hasta de estos sandinistas.

—Caballo, es que yo lo mato. Viejo *hijueputa* —Figura sacó su bayoneta que llevaba oculta. Señaló con la punta de este al conductor. Ya se disponía con la debida furia a correr y dar con el que estaba dentro del carro, para ensartárselo dentro de las tripas; puyarlo para que sufriera también. Cuando la señora Dulcie, dijo con voz brusca y cortés:

— Déjalo, déjalo, él es culpable pagará por ello. No te ensucies tus manos en esa basura. Yo le ayudaré, pero para que se pudra en una cárcel de la mazmorra *Del Chipote*, ¡Malnacido! —vio trémulamente y con el pavor que solo un accidente de esta índole suele dar, a una persona que nunca ha tenido uno en su vida a Marvin Balmaceda.

El conductor bajo dócil del carro, solo veía el desastre ocasionado y su alrededor cubierto con el manto de la noche violado por las farolas que hacían su agosto en la creación de sombra de insectos móviles, como de costumbre. Figura guardó el arma, estaba encachimbado y por sus ojos salían chispas de arrechura.

Un taxi de la cooperativa independiente *Jorge Salazar* pasaba por el sector. Vio el accidente. Se aproximó, se estacionó. Se escuchó el apague del motor del vehículo Lada-Samara color blanco. El gordo cabeza de cebolla que lo conducía bajo de este, y vio completamente el cuadro de terror en las caras de los actores.

Lo primero que dijo fue:

—La cagaron, ¿Quien conducía el carro señora? —la señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla, señaló a Marvin Balmaceda con el dedo índice de la mano derecha—. ¡Hay que hacer algo! — dijo con voz fuerte.

—Si señora de que hay que hacer algo —dijo, frotándose las manos y luego sobándose la barbilla. Abierta la puerta izquierda del taxi el chofer recién llegado, se acomodó en el asiento de trabajo y tomo el radio comunicador y se comunicó con la cooperativa.

—Aquí el cadete del taxi 021 a uno me copia, hay un accidente cerca a la intersección por la fritanga *Racachaca* en carretera Panamericana Norte. Por los semáforos. Ha habido un accidente, me copia ha habido un accidente me copia.

— ¿Se escucha, se escucha?
—Sí, te copiamos.
—Solicito una ambulancia y policía urgente, me copia central.
—Si te copio.
— ¿No hay muertos?
—Bueno hasta el momento no hay, pero puede haber si seguimos hablando mierdas. Ponte las pilas.
—Ten cuidado, ¿Tienes el arma?
—Sí, amigo. ¡eh!, no crees que esa pregunta sea demasiado estúpida.
—Ok, llegaran pronto. Avisamos, ya van para allá. Cambio y fuera. Cabecita de cebolla.

El oído de tísico, Marvin lo tenía a pedir de boca y no era para menos de que iría a la cárcel a canear. El escuchó lo que el gordo había dicho. Y reboto en la pared de su cerebro, ¡*Policía*! ¡*Policía*! y salió en estampida y perdiose en la oscuridad en dirección al parque Segovia. El gordo quiso detenerlo, hacerle el pare. Sacó el revolver 22 *Winchester Magnum Rimfire,* de la guantera. Estaba en una posición incómoda. Pero nada, no pudo salir del auto. Además, no tenía tanto ímpetu para hacerle el pare y detener la huida al muerto de miedo.

—Cobarde mal nacido, te pesara —dijo la señora Dulcie.
—Déjelo señora el acaba de cometer uno de sus errores más grande de su vida. Él no sabe dónde se metió. ¿Usted lo sabe?
— ¡No lo sé! —dijo, aunque su semblante denotaba inquietud.
—El tratara de llegar a las ruinas, posiblemente la traspase y salga por la pista Pedro Joaquín Chamorro en el sector del parque Segovia. Allí señora es peligroso, si no conoce a más de algún pandillero que deambula errante por esos sectores que los tome como hermano. Es hombre muerto —dijo con satanizada brusquedad el cabecita de cebolla, entregándole una tarjeta de trabajo, solo se escuchó la música; *Barrio de Pescadores* de Erwin Kruger y el Trio Monimbo que se desprendía desde una radio Siboney, de la emisora radio *Ya* en el interior del auto, y un acelerón brusco que pario un rechinar de ruedas delanteras. El taxi se fue del lugar del suceso.

Figura sobó las manos de Kilali y lloró acompañado de la señora Dulcie Paiz. Ambos hincados como pidiendo limosna.

—Vivirá, de eso puedes estar seguro —dijo con tranquilidad la señora Dulcie.

La ambulancia y la policía llegaron al lugar del hecho. Los paramédicos completaron los servicios médicos de la señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla. Y la felicitaron con un:

—Así se deben hacer las cosas, donde aprendió, necesitamos una enfermera como usted —la hicieron ruborizarse porque nadie en su vida le había dado semejante halago por esa loable labor. Al niño lo montaron en camilla y lo introdujeron cuidadosamente en la ambulancia, placa M 369-369. La *policía* y paramédicos tomaron los datos precisos de los participantes del hecho, hasta la señora Felicita Nikasi le toco contestar un arsenal de preguntas. Las cuales contesto efusivamente a los nuevos *policías* pelones egresados de la Academia de *Policía* Walter Mendoza.
Todo se disipó. Atrás había quedado la *policía* en la búsqueda de Marvin. El carro estacionado en el lugar del accidente. Figura se acurrucaba en los regazos de la señora Padilla dentro de la ambulancia, viendo el cuerpo todavía inmóvil de su yunta, al cual le seguían atendiendo los paramédicos. La señora Dulcie Paiz, solo podía decir a base de nervios entrecortados las palabras:

—Pagaré cualquier cosa, ¡Yo pagaré para que se salve! ¡Yo pagaré en córdobas oro! «Es una responsabilidad compartida» Jesús ayúdanos —dijo un texto bíblico Salmo 121:7-8, con todas las fuerzas de su corazón — «El SEÑOR te protegerá; de todo mal protegerá tu vida. El SEÑOR Te cuidara en el hogar y en el camino, desde ahora y para siempre» —la señora Dulcie Paiz triste y secándose las lágrimas, abrió la cartera negra y metió en esta, la tarjeta que le había dado el taxista.

AL BORDE DEL ABISMO

Por un lado, estaba mami y por el otro Burusquita a escasos metros. Y Kilali dudó a qué lado debería ir, si abrazos de su madre que tanto quería o abrazar a su hermanita que hasta hacia poco tiempo había dejado en el refugio. Pero ahora en este momento, Burusquita está ahí y su madre difunta también.

Su mamacita le llamaba con los brazos abiertos, con su rostro: redondo, pálido, distante. Y así como al sonar de los dedos en contacto brusco. Un video en su mente salto a las cuerdas de un programa familiar, ya no veía a su madrecita del alma, no estaba ella, si no solo su recuerdo en la lápida del Cementerio *Oriental* que decía:

Aquí yacen los restos de quien en vida fue
María Semiramis Herrera Cano.
(1967-1990)
Hice lo que pude.

Max Aub

En esa lapida en que el epitafio estaba lleno de nobleza y dignidad, escrito que era lo que más le gustaba en vida. Esa lapida que se había hecho como resultado de un operativo conjunto, de recolección de dinero de parte de todas las verduleras del populoso Mercado *Oriental*, teniendo como referencia la acera del negocio Mueblería *la* Caimana. Adornada de hormigas negras, sin retoque de pintura blanca, cubierta por un montarascal que de seguro era el nido de amor de enamorados cuando a estos les picaba la ranita del deseo carnal. Después de ver una película porno en el cine *México*, *Trébol*, *Rex* o América. A escasos metros, 23 tumbas de jóvenes de la juventud sandinistas asesinados en San José de las mulas en Matagalpa 1983 por las *FDN* (*Fuerzas*

democráticas nicaragüense) yacían sin mantenimiento y solo un escaso ramo de flores de *lirios*, *crisantemos* y *margaritas* resecos, daba a entender que su gesta estaba vigente y no habían pasado al olvido. Ya no estaba Burusquita no había cielo ni tierra y Kilali sentía flotar. Ahora estaba en el refugio, cerca de Burusquita y cerca de ella un cachimbo de muchachos huele pega de zapato, esa pega que la vendía en vasos *Gerber*, los minoristas como; el Alacrán, la Tuza, el Chimador. Y los colocaban haciendo pirámide encima de una mesa decrepita por el cuido en los pasillos del Centro Comercial de Ciudad Jardín o a orillas de uno de los pasillos del Callejón de la Muerte del Mercado *Oriental*. o frente al burdel Palo de Gato en el Mercado Oriental. Luego absorbían el interior alucinando la canción *Livin' on* a *Prayer* (Viviendo una plegaria) interpretada por la banda estadounidense de *rock Bon Jovi*, 1986. Y trompa de Jaiva el líder del grupo hacía gestos con la mano llamando a Burusquita que estaba sentada en el pedazo de colchón, cerca de la cocina de leña, triste y comenzando a sollozar los veía fijamente. Aventó la muñeca de trapos fláccida, el algodón no estaba lo suficiente comprimido para darle dureza. Esta cayó en el fuego débil comenzando a encenderse lentamente y la cara de la niña llena de lodo dio una sonrisa. Burusquita se levantó y comenzó a caminar hacia trompa de Jaiva que sostenía un vaso de alimento para niños *Gerber* trasparente, llena hasta la mitad de pega de zapato. Kilali no podía hacer nada gritaba; no vayas, no vayas hermanita, no, no. Y ella no escuchaba. Kili dio unos gritos despavoridos indescifrables y abrió los ojos. Había despertado. Vio aquel cuarto blanco lleno de camas y pacientes, doctores, enfermeras que traficaban de un lado hacia otro, Figura le sostenía la mano. Y la señora Dulcie Paiz le dijo:

—Ya paso recuéstate, recuéstate —agregó con tono de ternura. Se vio envuelto el brazo de una venda blanca, vio su rodilla derecha. También lo estaba y su cuerpo martirizado por chimaduras. Trato de moverse un poco y sintió lo que tenía que sentir: Dolor. Y se quejó. Su rodilla izquierda enyesada colgaba de una vara de hierro a los pies de su cama.
— ¿Que cagada? ¿Qué paso? No recuerdo mucho. Me chocaron verdad ¡Me salve y como veo por qué Dios es grande! Mierda. ¿Quién

habrá sido? —dijo mirando a la señora Padilla concierto nerviosismo y conmiseración. Kili también vio el espasmo de Figura que estaba envuelto en mutismo y asombro. Lo llamo, le acerco a su oído derecho y le dijo:
— Quien es esa señora? ¿Qué hace aquí? —a lo cual Figura le dijo: Dulcie Ninlil Paiz Vda de Padilla, que esa señora había pasado toda la noche de posta cerca de su cama y que iba dentro del coche que le había atropellado.
—Que se vaya. ¡Que se vaya, váyase míreme como me ha dejado! —dijo con amargura.
—Cálmate fiera, esa señora no tiene nada que ver con el accidente. El chofer del carro iba borracho. Ella también es una víctima.
—Una víctima como yo. No seas imbécil, no me estés con esos cuentos de *Lencho Catarran* a mí, mírame, mírame. ¿Cómo me ves? ¿Verdad que estoy hecho mierda aquí? y ella esta *diacachimba* ahí, que no tuvo que ver nada, ¡no me jodas *diacachimba* me estas *cayendo brother*! Esta que se la creo —dijo e hizo la guatusa nicaragüense con cada una de las manos. Se quejó de dolor y balbuceo.

La señora Dulcie, comprendió la arrechura y comenzó a explicar los pormenores del asunto. Que lo tenía con toda razón fuera de lugar, sin necesidad de moverse paradójicamente de la cama a la cual estaba asido por obra y gracia del destino.

—Mira hijo —ella hablo entrecortado y comenzando a sollozar.
—Que no soy su hijo —dijo como si fuese ello grave.
—Ok, no lo eres. Quiero que sepas que me gustaría estar en tu lugar de todo corazón, por qué no me gusta ver a un niño sufrir, así como la estás pasando, pero como te dijo Figura —recordó el mote de su amigo que le palpaba el hombro con la mano izquierda. Es cierto iba dentro del carro, pero ese chofer *hijueputa* tomado de licor, la cago con vos completamente; a mí solo me dio una experiencia de susto, desesperación y horror que todavía al recordarlo, vieras me hierve la sangre. Mírame, trataré de ayudarte, juro por Dios. Hizo la señal de la cruz con su mano derecha.

—Es cierto tengo un poco de lo que vos llamas culpa, por haberlo contratado, si fuéramos adivinos, no nos pasarían babosadas. Para sabio solo *Salomón*, ¿No crees? Platique con los médicos después que te atendieron, cuando llegaste dijeron que ibas a pasar como tres días, aquí en el hospital, pero que te ibas a aliviar dentro de unos tres meses, más o menos.

— ¿Cómo se llama el hospital? —preguntó Kilali preocupado.
—Es el hospital militar escuela *Doctor Alejandro Dávila Bolaños*. Esta cerca de la rotonda el Gueguense —dijo con voz impasible y suave.
— ¿Y qué más? —gruñó en voz baja.
—Que después te irías a casa con tu familia —dijo en tono alentador la señora Dulcie.

Al decir casa. Los amigos se vieron con asombro los rostros.

— Mire, señora. Yo no vivo en una casa normal de esas como las que usan ustedes. No tengo familia que responda por mí. Porque todos han muerto, mi única familia es Figura mi yunta y eso que él no tiene ni pizca de mi sangre, pero sí de mi raza y mi hermanita Burusquia que ahorita debe estar preocupada ya que no llegué a dormir al refugio —dijo sosegadamente.

—Dijiste refugio, ¿Y eso donde es? —preguntó con ternura la señora Dulcie.
—Es cerca del parque Segovia, en las ruinas que dejó el terremoto de 1972 —contestó secamente.
— Que barbaridad. Bueno veremos que haremos para que te mejores lo más pronto posible, ¿Figura, me quieres hacer un favor?
—Sí, diga —dijo con afán.
—Anda abajo y en la calzada. Para un taxi y dile al taxista que espere un momento. Preferible que lleve en una de sus puertas el logotipo de una cooperativa, ¿Sabes leer?
—Claro señora —respondió Figura.

—Oime Kili, me iré, pasaré por donde Burusquita. Y luego me iré a casa, de seguro ni cuenta se dan que no he llegado aún.
— ¡Gracias! —dijo con firmeza.
—Señora le traerán comida —preguntó Figura con voz balbuceante.
—Sí y de la mejor no te preocupes. Yo le traeré ropa también para que cuando se mejore se la ponga. Ahorita de todas formas no las necesita —dijo la mujer sin volver la cabeza.
— ¿Y la que andaba puesta?
—Kili, esa de seguro está siendo botada en estos momentos en el basurero.
— ¿Figura?
—Sí.
—Le dices a Burusquita que estoy bien, que todo se solucionara. Veré, como me las arreglo con la comida —exclamó con ojos tristes.
— ¡Baah! No te preocupes —dijo pensativo—. Sabes o no sabes cómo somos nosotros, siempre legales. ¡Donde hay leones no mueren leones! Si jodido —dijo Figura dando un aire petulante.
—Kili dio una sonrisa de lastima, amistosamente.
—Regresaré en la tarde, vendré con Burusquita.
—Te lo agradezco —dijo alegre.
—Está bien, venimos pronto —acarició la cabeza del amigo.
—La espero afuera señora Dulcie.
—Espérame afuera con el taxi —cuidado se te olvida.
—Kili te aseguro que regresare a verte. No te preocupes. Todo se arreglará —lo dijo con su peculiar sonrisa.
—Vos solo piensa en que saldrás bien de esta. Y ya. Nos vemos luego.
—No se me olvidara —Figura salió del cuarto y atrás dejó una estela de quejido que auguraban un día no menos placentero para los pacientes.
—Piensa siempre en positivo como los estoicos —aseveró la señora Dulcie.
—Sí, señora siempre lo pensare, le afirmo aquí delante del corazón de Jesús que está colgado de ese clavo de acero pegado a la pared y nuestra virgencita de Guadalupe, por mi madrecita María que está muerta, que en cada minuto que este aquí, lo haré. No me dejaré abatir

por esto.
—Hablaré otra vez con el médico, no cometas la locura de irte, solo tienes que ser un buen paciente. No trates de levantarte por el momento que te dañaras más de lo que estas, se buen chico. Que dices. Te traigo a Burusquita. Tu hermanita. ¿Te gustaría? —él asintió con un suspiro.
—Si claro que sí, se lo agradecería —Kili murmuró estremecido por un violento dolor en el brazo.
—No lo hagas —dijo Dulcie Paiz inclinando la cabeza con sencillez.
—Se lo merece, sabe usted que otras personas en su lugar y posición social, allá en el lugar del choque me hubiera dejado morir como un perro callejero y usted no lo hizo. Es buena persona, ¡Gracias! —dijo Kili con tranquilidad.
—Vamos no me halagues con tus piropos cierra los ojos y duérmete —dijo Dulcie Paiz poniéndose en pie. Luego hablo con el doctor y catedrático universitario Octavio Magliones, que estaba de turno, sobre el estado del muchacho porque era obstinada en estos casos, y sacó de su cartera una tarjeta de presentación y se la dio al ilustre intelectual. El doctor le dio unas palmaditas amistosas en el hombro después de leerla. Se despidió sonriendo como siempre solía hacerlo.



ALEGRIA PASAJERA

—Taxi, taxi, taxi —gritó Figura.
El taxi se estacionó y del interior de este se fugaron unas palabras un poco resecas, tal vez por falta de agua.
—Niño que quieres, no juegues al cliente, ni pinta tienes. Vete a jugar a otro lado.

Luego del acelerador del motor, el automóvil manchó la calzada de llanta y a olor a quemado se percibió en cada respiro. Y Figura quedo solo. Así lo encontró la señora Dulcie.

— ¡Idiay!, parece que no has tenido demasiada suerte. Está bien. Yo lo hare. Estaciono un taxi, con una voz combinada con tos seca.
— ¿Para dónde va señora? —preguntó con los ojos ardientes el conductor.
—Voy para las ruinas a un lugar que le llaman el Refugio —dijo con amabilidad la señora Dulcie. Figura se sorprendió.
—Bueno señora son treinta córdobas oro, de suerte que es de día —vio su reloj y este marcaba las 7:12 am. Por lo contrario, ni que me diera toda la plata del mundo iría.
—Vamos no seas cobarde —la señora Dulcie abrió la puerta trasera del radio taxi, se introdujo en él y se acomodó tranquilamente. Ya sentada expresó:
—Óyeme Figura entra, no creas que te voy a esperar toda la vida —entra de una vez.

Figura primero pensó en correr, en alejarse, pero se dijo en el cerebro de melocotón que no lo haría. Recordó que él y Kili y Burusquita a veces se montaba como polizón en la puerta trasera de las rutas; 110, 120,

114, 112, 119 y le daban vuelta a Managua sin pagar ni un centavo. También recordó que en una de esas incursiones violentas había sido prensado, pero había librado una feroz lucha con la puerta trasera hasta dejarlo libre. Repitió mentalmente era la 114 Y ahora que lo llamaba la señora Dulcie, por más que lo intentaba recordando hechos pasados, no encontró un solo recuerdo que lo llevara a montarse en un taxi. Como iba a desperdiciar una oportunidad como esta. Al fin iba donde Burusquita.

—Bueno, luego me zafó de ella y me voy a mi rancho —concluyó su pensadera.
—Vamos móntate —inquirió la señora Dulcie Paiz.
—Ha estrenarme en este taxi —dijo Figura con efusión.
Se introdujo, cerró la puerta lateral del taxi y este comenzó a circular por las avenidas de Managua.



VISITA INUSUAL

— ¿Aquí vive Kilali? —preguntó perpleja la señora Dulcie.
—Sí, señora. La señora Dulcie se impresionó al ver aquellas ruinas de quizás un centro comercial de la vieja Managua. Bordeo con sus ojos de gato montés el arcoíris de ropa, harapos colgados por alambres de púas que unían ruinas con ruinas. Que se mecían con el viento fuerte del este.
—Si señora, aquí son las ruinas, venga por aquí, aquí queda el refugio, venga, venga. Niños se acercan a Figura y veían a la señora esbelta y bien vestida caminando con estupor, la señora Dulcie, se estaciono momentáneamente, al ver aquel suburbio de suciedad y pobreza extrema. Un señor vestido en harapos color cafe, aseguró su inmaculada sombra angelical a la par de la sombra del visitante y con una portada del que quiere algo a cambio. Le pregunto a la señora Dulcie Paiz.
— ¿A quién busca? —preguntó con inquietud.

A la señora Dulcie le temblaron los labios, pero saco poco a poco las palabras.

—Busco a una niña que le dicen Burusquita.
— ¿Sabes a donde está la chavala *jodido*? —le dijo a Figura.
—No *maistro*, ando con ella, acabamos de llegar —exclamó fingiendo no dar importancia a sus palabras.
—Bueno ella debe estar dentro del refugio, no ha salido en lo que va de la mañana, da entrever que algo le pasa. Es una buena niña señora, al igual que el tal Kili ¿Verdad que sí, Figura?
—Sí señor.

La señora Padilla, sonrió por que le habían dicho que la niña estaba dentro, además por lo que le habían dicho. Son buena gente. Se dijo ensimismada

de que ahora comprendía que donde Dios quiera hay gente buena y que aquí en este refugio también las había, al igual que en el residencial; los Robles, las Colinas, Villa Fontana. Así como en las colonias; Nicarao, Tenderi, Maestro Gabriel, Primero de mayo o la Francisco Morazán. Bordeo con sus ojos destellantes alrededor del refugio.

—Vamos señora —dijo Figura, el viejo quedó con la boca cerrada, sin ningún centavo oro con las manos abiertas. Dulcie apresuró sus pasos persiguiendo a su guía. Penetraron en el refugio y vio que un poco de jóvenes borrachos de baja calaña, jugaban póker fumando marihuana y tapineado guaro lija, cerca de una cajilla de Coca-Cola que hacía de mesa. A la par botellas vacías de cervezas: Toña, Victorias, ron plata, ron Cajinazo tiradas al suelo; dormían el sueño de los justos. Olfateó fuertemente otra vez y sintió aquel olor que Marilyn su amiga de la secundaria en el Instituto Ángeles de la Cruz expelía cuando fumaba mariguana dentro de su cuarto en el internado Magdalena de los Lirios en los altos del reparto Rene Schick.
— ¡A que barbaros¡!, aquí están avanzados —dijo asombrada. Burusquita no muy retirada de este tipo de relaciones humanas en camisón grande color amarillo, un poco mugriento en cuyo centro tenía el pato Donald. Caminaba con un vaso lleno de café. Seguía su nota de cocinera, sacó de su bolso un poco de hojas secas de mango y limón agrio y con ellas atizaba el fuego débil. Desprendiéndose inicialmente un humasal —. ¡Uf! —decía a la vez que apartaba el humo con las manos, disipándolos poco a poco. Hasta que todas las hojas encendieron. Ya no había humo.
—Señora Dulcie ella es Burusquita —balbuceó Figura, acariciándose los brazos.
En verdad, una niña bellísima solo le faltaba aseo y se golpeó el interior de la masa encefálica con un sentimiento verdadero de solidaridad.
—Burusquita, Burusquita —dijo Figura. Burusquita al voltearse completamente, vio a los dos y salió corriendo a los regazos de Figura el cual comenzó a sobarle el pelo liso negro suavemente.
— No vino, Figu, no vino Figu, ¡Me abandono! siempre viene.
— No pienses así bebe, vos sabes que él te quiere mucho, al igual que yo. — dijo en tono nervioso.

— ¿Pero por qué no vino? —dijo con voz afable y a la vez severa.
—Él tuvo un problema, sufrió un accidente de tránsito ¡Lo choco un carro! —exclamó con desesperación.
Burusquita comenzó a llorar a mares.

—Se pondrá bien, dijo que te viniera a avisar. Es lo primero que hizo —dijo con su radiante sonrisa.
— ¿Hoy viene aquí Figu?, ¿Hoy viene aquí Figu? —preguntó con acento firme la niña.
—El no vendrá, está hospitalizado en el hospital militar —otra vez Burusquita comenzó a llorar.
—Pero nosotros iremos en la tarde, ¿Qué te parece?
—Yo no quiero que él se quede allá, quiero que el venga para la casa —miró a la estructura del edificio.
—No se puede, él está en tratamiento, se pondrá bien, pero requiere tiempo: vamos a verlo en la tarde. ¿Qué dices, te gustaría?
—Bueno, para dónde cojo.
—Pero tenlo por seguro que el vendrá o dejo de llamarme Figura —dijo sonriente.
—Señora Dulcie le presento a Burusquita la hermanita de Kili, ¿Verdad que es bonita? —la señora asintió con la cabeza que tiene el pelo bien tratado.
—Hola niña, mi nombre es Dulcie Ninlil Paiz Vda de Padilla. Me da mucho gusto conocerte.
— A mí también —balbució Burusquita.
— Ven Burusquita —dijo con ternura la señora Dulcie.
Burusquita vio a Figura y este asintió con la cabeza dándole una aprobación.
— ¡Dime Dulcie, oíste! —dijo con tono alegre.
—Sí, pero su nombre me parece a caramelo —le quedo viendo fijamente a los ojos, sonrió y froto sus manos con cierta fruición.
La señora Dulcie sacó un manojo de billetes de a 10 córdobas oro del bolso y se los entregó a Burusquita.
—Esto es para que compres lo que quieres; comida, caramelos y ropa

que te parece —dijo sin inmutarse.
—No señora mi hermano Kili, me ha dicho que no le reciba nada a un desconocido. Y yo hasta hoy la conozco —inquirió Burusquita.
—Me gusta esto, está bien Figura tómalo vos y compra lo que necesiten, ¡Anda tómalo! —exclamó con angustia.
—Está bien démelo esto servirá para manutención de Burusquita mientras se cura kili, Figura vio a Burusquita y asintió meneando la cabeza.
—La señora Dulcie beso la frente de la niña. Vendré en la tarde, para que vayamos donde Kili —luego salió de la ruina por donde entró, no sin antes dirigirse a Figura, diciéndole a las 3: pm. Horrorizo con su gesticulación el *hábitat* paupérrimo y se dijo, ¿Cómo puede haber gente viviendo aquí?, un día cualquiera puede caérsele un pedazo de piedra del segundo piso y le quiebra la papaya a cualquiera que, por obra y gracia del barbudo de arriba pase en el sector y, ¡zas!, un difunto —balbuceo —. Que pueden ser esos niños —y soslayo al rostro risueño por última vez rumbo a la cocina. Los niños del tugurio alejados, veían como se le movía el trasero a la señora Dulcie.

Dulcie Paiz estacionó un taxi de la cooperativa *Carlos Fonseca Amador* y se fue del lugar. Había quedado Figura y Burusquita. Y el cumulo de chavalos alejados. Burusquita lloro a mares por un corto tiempo. Figura le dio un billete de diez córdobas oro y le dijo:

—Esto es para que compres la comida, tómalo, acéptalo. Andaré el resto que me dio la señora Padilla. Es peligroso que lo andes vos aquí. Dios guarde este secreto ya que si se dan cuenta ellos —señaló a los chavalos —. Que yo tengo este moño de billetes de córdobas oro me vuelan la cabeza de un solo machetazo para quitármelo —dijo benevolente.
Burusquita agarró el billete y los guardo en una de las bolsas del pantalón azul.
—Vendré a las tres de la tarde para ir donde Kili —prosiguió con sonrisa tenue.
—Si estaré aquí desde temprano por nada de este mundo te mentiría.

Con este dinero —se tocó la bolsa del pantalón —te compraré una camisa y unos zapatitos. Para que andes elegante. Burusquita se puso a reír.
—Me voy a casa. He estado mucho tiempo fuera. Si por casualidad se dieran cuenta de mi ausencia, deben estar preocupados. Bueno eso siempre digo, pero nunca sucede. Te juro Burusquita que desearía que lo estuviesen. Dormiré un ratito. Luego saldré a vender en la pista. No me olvidaré lo que te prometí, niña bonita —y con el dedo índice Figura le tocó la punta de la parsimoniosa nariz.
—Está bien, te esperare amigo —dijo Burusquita con radiante sonrisa.



REGALO DE DIOSES

—No lo despiertes.

Burusquita estaba asustada de ver a su hermano con esos atuendos parecidos a momias. Regreso al asiento que ocupaba cerca de la señora Padilla frente al enfermo. Figura presto un sillón al paciente contiguo y se sentó a la par de la cama, cerca del brazo y pie dañado. Chineo a la niña, no dijo ninguna palabra, nada que delatara su presencia. Bordeó con ojos saltones su camiseta blanca impresa de frutas y vio felizmente a Burusquita, como dando a entender que aquí está el amigo y que no se va ir a ninguna parte del planeta. La señora Dulcie toco el mentón de la niña. Le abrazo el pescuezo y comenzó acariciarlo. Hacía mucho tiempo que nadie del mismo sexo y mayor de edad se atrevía a hacer esta obra después de mama. Burusquita acepto sin huir al sentimiento materializado de amor que sentía, se sentía protegida y eso le garantizaba paz, disfrazada en la señora que acababa de conocer.

El ir y venir del personal en el interior del hospital. No era lo suficiente para despertar a Kilali.

—Él se durmió como hace una hora, ese muchacho sí que es pencon —al decir esto el paciente cercano se sobó la cabeza dócilmente—, disculpe, discúlpeme. Por exteriorizar mis pensamientos.
— ¿No tiene por qué?   —tomó por su fuero la conversación la señora Dulcie.
—He estado conversando con él desde que se fueron en la mañana. Me contó lo que hacía en las calles en pocas palabras da lástima verdad. Estos niños merecen algo mejor ¿usted no, lo cree? —replicó con acento firme.

—Si coincidimos en ese aspecto —dijo la señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla.
— A veces uno dice. Por qué tanta pobreza. Porque tanta injusticia. Pago mi impuesto para que el estado distribuya una parte de la plata recaudada a las instituciones que se ocupan de estos menesteres. Pero que va, no es lo suficiente.

Dicen que no da para nada. Tengo un amigo que le trabaja a la caja chica del gobierno el *INSS* (*Instituto Nicaragüense de Seguridad Social*) y que está bien informado. Sabe lo que me dijo: Que con estos cortes de presupuesto a la institución de parte del ejecutivo. Por qué a aquí todo se da vía ejecutivo. Habrá muchos desempleados en la institución y así como van las cosas se cierran proyectos especiales que tan siquiera le meten candela al asunto. ¿Y que pasara? ¿Me lo imagino?

—Buenos hay organizaciones no gubernamentales, fundaciones que ayudan a la niñez y adolescencia. Las damas diplomáticas y otros. Yo pienso que también la población, nosotros no debemos conformarnos con solo los impuestos que pagamos. Nosotros como ciudadanos debemos dar algo extra. No me lo estas preguntando. Siempre he ayudado para tratar de resolver este problema social al igual que muchos, pero no somos la mayoría.
—Si todos los nicaragüenses ponemos nuestro granito de arena en esta empresa. Tal vez disminuiríamos este fenómeno social —opinó el sociólogo Lanzu vestido de blanco y recibiendo suero vitaminado a través de su brazo derecho, luego prosiguió —, pero ya como estamos y si corren de sus empleos a los 5000 empleados públicos, más las empresas privadas que pueden quebrar en el año, por las medidas económicas injustas neoliberales. Tendremos más desempleo, hambre, miseria y por consiguiente más niños en las calles. El gobierno es culpable.
—O sea señor, ¡Todos somos culpables! —dijo la señora Dulcie frunciendo los labios.

—Ya como sabe, tenemos como presidente a Violeta Barrios Vda de Chamorro, afin a la casta de los Timbucos *PC (Partido Conservador)*, pero quien manda ilegítimamente en el país es su yernazo Antonio Lacayo Oyanguren y hace lo que quiere. ¿Es una injusticia todos debemos ser iguales ante la ley?
—Sí señor, ¡porque si alguien está encima de la ley es una injusticia! —dijo la señora Dulcie.
—Se da cuenta que hablando se entiende la gente.
—No señor, razonando se entiende la gente —la señora Dulcie Paiz se le notaba como el enojo comenzaba a fluir de su interior, ya iba a tener una discusión política. En la cara se le notaba que le hervía la sangre. Llego a pensar que su interlocutor era de la casta de los revolucionarios Sandinista. Y como ella era de la casta Calandraca de pensamiento liberal allegado al *PLC (Partido Liberal Constitucionalista)* Somocista. Le hervía la sangre de la arrechura, pero cortó la conversación que llego hasta los tuétanos.
—Bueno, solo encontramos soluciones escuchándonos —dijo el señor Lanzu, luego que captó la onda de la conversación, también se calló y pensó para sí mismo: *es difícil reconocer que la rebelión es nuestra naturaleza y que renunciando a lo que conocemos como estado, destruimos nuestra sociedad o quizás la modernizamos. Tan solo se trata de recuperar parte de nuestra libertad y violencia, que cedimos un día al decidir vivir en comunidad*. —luego se dispuso a recibir visita de familiares que le demostraban amor.

Encima de la cama 33 frente a Kili, que estaba vacía de pacientes estaban tres libros espirituales encima de la almohada: Muchas vidas muchos maestros, Las 7 leyes espirituales del éxito, Siddhartha y tres periódicos matutinos; *Bolsa de noticias* del periodista boaqueño Emigdio Suárez Sobalvarro. *El nuevo diario* y *La Prensa*. Parecían no tener dueño. La señora Dulcie Paiz tomó el periódico *El nuevo diario* a discreción con manos trémulas vacilantes y comenzó a hojearlo dócilmente. Y en la cuarta página, la fotografía de un cadáver en el centro de la hoja, cerca de un árbol guayacán en un lugar boscoso. Le llamo la atención. Comenzó a leer.

Asesinato en el parque Segovia
Por Leopoldo Elías Ticay Zapata

En la mañana de hoy el cadáver del señor Marvin Namtar Balmaceda de veinte y cinco años de edad fue encontrado en el parque Segovia. Según peritos policiales es el sexto asesinato que ocurre en el mismo lugar. Los otros fueron: Oscar Álvarez 20 años, Cesar Pantoja18 años; Estanislao Jerez 17 años, Lissette Castro 18 años. Y el otro sin reconocer por falta de datos. El finado presenta dos orificios de balas simultáneas, estando ubicadas en la región parietal derecha de la cabeza y fueron efectuados a escasos centímetros del cuerpo, como evidencia se encontró un tiro calibre 32 cerca de la víctima, se revisó alrededor de 330 metros y no se encontró ningún casquillo. Dando a entender que dicha obra fue hecha por personas especiales en el ramo. Pandilleros criminales… no hay pistas todavía a luz pública, para mantenerlos informados, pero la policía las tiene guardada como de costumbre y en el momento esperado nos las dará a conocer.
El occiso estudiaba: Trabajo social y gestión de desarrollo en la *UCA* (*Universidad Centro Americana*) y deja a tres niños: Candy, Jet, Hilman y su esposa Karen y en nosotros los ciudadanos nicaragüenses la pregunta. ¿Se resolverá? La policía tiene la última palabra…

La señora Dulcie Paiz se pasmo, se asustó. Doblo el periódico y lo aventó violentamente donde lo había encontrado y vio otra vez a los niños.

— ¿Burusquita te gusta tener mama? —dijo con tono perplejo.
—Si señora era bonita, yo la quería mucho y ella también. Cuando regresaba después del trabajo me traía hasta barritas de chocolates. Me daba por las mañanas cinco córdobas oro para que hiciera lo que quisiera con ellos. Me amaba mucho, ella me quería a veces le hacia la vida imposible y me pegaba con una faja de cuero que tenía. Pero después todo seguía igual. Tal como si nada hubiese pasado. A mí me

falta mi mami —dijo Burusquita entristeciéndole el rostro y comenzando a llorar.
— ¿Hace cuánto murió? —habló con empatía la señora Dulcie.
—Señora, ella murió y hasta ahí no más, párela, no me gusta que le recuerde eso a ella —dijo Figura, señalo a Burusquita con la punta de la nariz.
— ¿La hace sufrir que no se da cuenta? —Burusquita seguía llorando.
—lo ve, lo ve, lo que hizo, no había necesidad. *Cuando uno estima no hace sufrir conscientemente.* —repuso Figura en tono enojado y enérgico.
—Está bien, está bien perdónenme no me volverá a pasar por la mente decir de nuevo semejante recuerdo, no cabe duda que esas heridas no ha sido cicatrizadas —dijo apenada, con arrepentimiento la señora Dulcie.

En su interior la señora Dulcie Paiz, se maldijo a sí misma. Kilali se despertó, vio a Burusquita que se secaba las últimas lágrimas.

— ¿Que ha paso aquí? —preguntó con tono afable.
— Kili mi hermanito —Burusquita fue donde Kili y coloco encima de la mesa de noche una macetita que contenía una plantita parecida aun Licio espinoso y un bastón grabado parecido al del Dios Enki.
—Aquí te traigo estos regalos —dijo, luego le abrazo la mano izquierda con las dos manos.
—Que bonitos regalos hermanita gracias —dijo Kili.
—Como esta mi niña bonita.
—Bien, ¿Y vos como te sentís manito?
—Ya vez, me sentía mal, pero desde que los vi y con estos regalos me siento mejor.
— ¿Vas a estar mucho tiempo aquí?
Kilali vio a la señora Dulce, dando a entender que era ella la que debía contestar semejante pregunta.
—El estará tres días aquí, luego el saldrá a casa
Kili cerró los ojos de mala gana.

—Tres días —dijo con profundo silencio —me gustaría estar con vos.
—No Burusquita, no se puede —repuso fríamente, Kili tratando de disfrazar su estado, para que se cambiara el ambiente, ya que se estaba haciendo un poco monótono y pesado cambio de conversación.
— ¡Uy!, ¡qué bonito ese fantasmita blanco! —señaló con labios en punta a la camisa negra que llevaba puesta Burusquita.
— ¿Cómo se llama?
— Se llama *Casparin* y lo dan en la Televisión.
— ¡Oh, oh! Estas excelente, elegante, ¡Uy! ¿Parece que bañas? ¡Ah! — le tocó el pelo.
—Siempre me baño —se ruborizó Burusquita.
—Ya comiste, ¿Te hace falta algo?
—No, Figura me dio para la comida, Me compro la ropa y los zapatitos. Mira —y Burusquita levanto el pie izquierdo tan alto como pudo. Kilali medio pudo apreciarlo. Eran negros.
— ¡Yupi!, están bellísimos —exclamó.
—Los compré en la pista a La Siete Dientes, la querida de Augusto Carrillo me los dio baratísimos, como se trataba de Burusquita ¡Ya sabes!
—Kili, ¿Cómo te sientes? —irrumpió la señora Dulcie Paiz.
—Hay voy de arrastras como usted puede ver, pero llegaré a la meta.
—Bueno vine porque quería ver tu estado y además quería decirte algo especial. Tengo una idea un poco solida de vos, con lo poco que me han contado y lo que he visto. Te aprecian mucho. Eres querido. Sos buena gente. Juro por Dios que me quería desprender de tu problema, quería decirle adiós a ese accidente, pero algo dentro de mí, tal vez un sentimiento de culpa de esos que te corroen el corazón y estas vivito y coleando. Hacia un punto de encuentro dentro de mi cabeza. Y así no lo vayas a tomar mal.

— ¡Dígamelo! —dijo Kili en tono belicoso.
—Quiero que Burusquita y vos pasen conmigo, bajo mi cuidado hasta que te restablezcas, lo necesario —luego la señora Dulcie murmuro para sus adentros el padre nuestro.

Un estupor salió de los niños que veían a la señora Dulcie como le temblaron los labios gruesos. Y como le temblaba el cuerpo.

—Sé que soy una desconocida para ustedes —se sobó el pelo —. Una desconocida que se apareció en un accidente de auto. No merezco nada de ustedes. Por lo que hice. Porque también soy responsable.
¡Vengo a pedirles esto después de tanto pensarlo! —exclamó volviéndose a sentarse.
—Señora que se las quiere dar de hada madrina, bastante hemos tenido, es o no es así —dijo Kili con voz amable y a la vez severa.
—Mírame, soy una mujer sola, mi marido Crescencio murió hace años, él iba dejar a la empleada a su casa en una de las barriadas frente al Holiday Inn como de costumbre por la tarde. Y cuando iba conduciendo su camioneta Toyota *Land Cruiser* en la pista Juan Pablo II, *la resistencia* sufrió un accidente, se estrelló con un camión Mercedes Benz cargado de arena de esos que se estacionan normalmente a orillas del parque las *Piedrecitas* a vender productos de la construcción ¡Se fue lo que yo más quería! Ahora sin mi familia que la componía el matrimonio de mi hermana Carol que se fue a Miami el día del accidente, ¿Qué hago? Yo pronto me voy dentro de meses a Miami, si vendo un poco de mis propiedades o antes si es posible. Estaré sola con los criados en la residencia, sin nadie, además de ellos con quien hablar. Bueno, tengo mis amigas la especial es Lidia, pero no es lo mismo quiero que ustedes llenen ese vacío. No quiero ser su mamacita que en paz descanse, porque sé que madre solo hay una, pero quiero hacer posible que me vean como una amiga más.
Mírame kili te ocasione el problema pasaras meses enyesado, no podrás hacer nada de trabajo y ayudarle a tu hermana, aunque quieras hacer tantas cosas. Déjame ayudarlos —lo dijo en tono de súplica.
—No, señora —contestó con amargura Kili.
—Bueno a mí me parece bien —replicó Figura con tenacidad.
— ¡Cállate la bocota, trozo de papel! —exclamó Kili con cierta irritación.
—Bueno te pido que seas razonable, piensa en Burusquita como queda

en todo esto. Si vos estas enfermo, piénsalo bien. Sí. ¿Burusquita que hará? ¿Irá a pedir limosna, como a esos niños frente a la casa de la presidencia, el palacio o la asamblea nacional? sé que a vos no te gusta para nada eso. ¿No querrás que ella haga otras cosas? ¿Con quién hablará ella en el Refugio? Si vos estas así serás una estatua hablante, ¿De qué comerá? —dijo la señora Dulcie con acento grave.
—Óigame señora a ellos no le faltara nada —Figura carraspeó y habló en voz baja vacilante.
— ¡Siempre se ha vivido así!
—Lo sé Figura, ¿pero la insalubridad que hay en el refugio?
—Piénsalo Kili, piensa también que te pueden complicar con los huesos y de esa herida que tienes en el trasero, que vos te hace de huevón para no llorar. Se te puede infectar y ¡pum! te mueres —efectivamente la señora Dulcie quería lograr su objetivo a como sea. —Y dejas sola a la niña ¿Y todo por qué? Por un pequeño orgullo.
—Señora siempre hemos luchado por la vida y no va hacer por esto, porque voy a cambiar — dijo titubeando.
—Es el bienestar de tu hermanita y tuyo está en juego. Después cuando te mejores. Bien te vas. Se van ¡Piénsalo Kili! Mírate, ¿Cómo estás? Si te decides ella se ira conmigo, hoy mismo. Cuando te den de alta, te reúnes con nosotros, te visitaremos mientras tanto. Figura siempre estará visitándonos. Le mostraré donde vivo. Te daré a ti la dirección también —sacó una tarjeta de su cartera negra y se la entrego. Hizo una pausa y luego prosiguió —. Soy una persona reconocida en el país solo estaré pocos meses. Como te digo. Te pido que compartas alegría conmigo, y pueda apoyarte en tu recuperación de esta manera, te lo suplico ¡Kili, hazlo me portare bien! —Kili dudó, pero vino a su mente el recuerdo del sueño, cuando Trompa de Jaiva tentaba con un vaso con pega de zapato a Burusquita y no podía hacer nada para impedirlo. Y se dio cuenta que su respuesta era valiosa, vital, y por arte de magia blandió su rey por el bienestar suyo y de Burusquita.
—Está bien, pero Figura nos visitará —exhaló aire fuerte por la boca achicándole la caja torácica.

Suspiró fuerte de alegría la señora Dulcie.

—No nos pegara, regañara, ¿comeremos sin trabajar?   —Kili preguntó exasperado.
—Sí, tenlo por seguro —dijo con sosiego la señora Dulcie que ahora podía hacer algo. Sonrió.
—Sera por poco tiempo. Hasta cuando medio mejore y luego nos zafamos. Llevaremos nuestras ropas —exclamó con angustia.
—Si quieren llevarlas llévenlas Kili, pero pensaba comprarle ropas nuevas y donde las vendes, les atenderán como reyes — replicó sin aspereza.
— ¡Bah!, no sea tan hospitalaria —dijo con cierta sorna.

Kili sonrió y Burusquita miraba desde el proscenio con alegría, él solo quería su bienestar se dijo y no dijo nada a regaña dientes. La señora Dulcie Paiz contó un poco su martirizada vida y los motivos del viaje al extranjero y los niños la veían a veces balbuceantes con palabras de condescendencia. A veces preguntaban irrisoriamente de su vida y comentaban de su situación, en lo difícil y peligrosa que es la vida en las calles de la capital. Claro era de esperarse. Después de haber salido del hospital militar Dulcie, Burusquita y Figura abordaron la camioneta de lujo Toyota lexus ya reparada que había recibido Don Segundo Sin en casa Pellas. Y la señora Dulcie decidió — vamos de compras — y por las compras estaban allí en el centro comercial Managua. Entraron en la tienda de ropa de niños y le dijo a la niña desprendida de las amenazas de ahorro de su difunto esposo.

— Burusquita escoge lo que quieras y vos también Figura —llamó a una de las empleadas; ella era una joven blanca de rostro achinado, huesuda y de minifalda gris, camisa blanca con sonrisa de *Drácula*.
— Haga el favor de acompañar a los niños y ayúdeles a escoger. Yo pago —dijo sin ostentación.

— ¡A esos niños! —señaló con el dedo índice torcido de la mano derecha la colmilluda.
—Si, a ellos afirmo la señora Dulcie. Quiero que lo que quieran ellos se los empaque por separado y me hace una sola cuenta.
—Si lo haré.

La empleada se asombró en sus adentros y río disimuladamente. Se encamino a ayudar a los niños. Siguió a los niños que iban hablando sobre los bellísimos productos y a la vez señalando con los dedos.

— Esto, ¡Uy!, qué bonito me lo llevo, que bonito es comprar sin límites, sin que a uno le cueste un mísero céntimo —dijo Burusquita. La empleada pensó —si chavala *rejodida* — pero bueno se dijo:

— Que tengan provecho —y al verla otra vez con el camisón negro con el dibujo del fantasma Casparin. Afirmó en el fibroso cerebro. Que mierda digo, se lo merecen.

Al haberse trenzado en una lucha intestina consigo misma y habiendo ganado el más fuerte, que son los buenos sentimientos. Bueno demás está decir a la vez que tenía que cumplir sin tacha la labor para la cual fue contratada. Ayudo a la niña a escoger ropa y algunos juguetes como si fueran intimas amigas. La señora Dulcie, sacó de su cartera la tarjeta de crédito y se la dio a la cajera. Canceló la cuenta.

—Señor, mande lo comprado exceptuando lo del niño —señaló a Figura a esta dirección, le dio su tarjeta de presentación, saco un manojo de billetes córdobas oro, pago en efectivo y dijo —Gracias —tenaz y tranquila.
—Señora, visítenos otra vez —dijo la cajera finalizando con una sonrisa de agradecimiento por la compra.
—Lo haremos.

La señora Dulcie vio a los niños. Burusquita llevaba un muñeco de peluche al estilo del *Chocoyito Chimbaron*. Personaje principal de un

programa televisivo para niños del canal estatal 6, el cual había visto hacía pocos segundos en uno de los televisores en color Caribe de la tienda. Figura solo llevaba una mochila Adidas color rojo inflada de ropa, iban contentos. Entraron a la camioneta Toyota *Lexus* y Don Segundo Sin los llevo al *Carnaval*, lugar de diversión en el centro recreativo la Piñata frente a la *UCA* (*Universidad Centro Americana*) Se divirtieron a lo grande. Un amor materno había fluido en la señora Dulcie, hacia la niña. Y Burusquita siempre correspondía y así hasta a una vertiente que los llevaba a un solo mar. El mar de la verdadera amistad, comieron y se estamparon helado en la cara cuando la risa lo acepto.



EXPERIENCIA ACOJEDORA

Llegaron a casa ya habían llegado los juguetes y ropa procedente de la tienda.
— ¿Mirna está listo el cuarto de la niña?
—Si señora.
— ¡Vamos! —dijo la señora Dulcie llena de alegría.
Figura y Burusquita le siguieron con vista policiaca, husmeando todo a su paso. Pero los niños estaban felices y veían palmo a palmo esa mansión y la comparaban con el paraíso que sale de la biblia. Mirna se estacionó, abrió un cuarto que tenía en su puerta a Silvestre un gato popular en los dibujos animados infantiles. La señora Dulcie le dijo a Burusquita:

—Este será tu cuarto bebe—dijo amable y condescendiente.

Entraron los niños en el cuarto había dos camas, con mesitas de noches al lado izquierda. En el lado derecho de la cama había juguetes *Disney* que le habían pertenecido a las hijas de Carol.

— ¿Te gusta, les gusta?
—Sí, señora. Claro señora.
—Si señora Dulcie —dijo Burusquita.

Se sentaron los tres en una de las camas que está cerca de la ventana desde donde se percibía un jardín y un parque en la lejanía, comenzaron hablar de la vida pasadas y las expectativas futuras. Estaban cansados. Los empleados les llevaron cena en la cama. La señora padilla durmió en sus regazos a Burusquita. Y Figura que había andado pegado como garrapata detrás de los amigos opto por irse del lugar satisfecho por el trato sincero de la señora Dulcie.

NO ME GUSTA TENER ESPERANZA

Las visitas dos veces al día llenas de alegría y juguetes se cumplieron. Burusquita está feliz también. La señora Dulcie Paiz Vda. de Padilla se ponía las pilas con ellos en todo a satisfacer los gustos de los niños. Coincidencia de acciones, juego con las muñecas y carritos. Había cambiado tanto. Había cambiado la vida como si todo el dinero que tenía era un peso que cargaba como un pecado capital, pero esta vez no lo sentía así. Pues al ir desprendiéndose poco a poco de él, para complacer los gustos exquisitos de los niños, iba saliendo esa persona dulce y buena, un amor maternal que según lo contado en el hospital por ella a los niños no tenía y ni había conocido ese tipo de amor. Estaba feliz.

—Habíamos encontrado una mujer que queríamos un poco parecida a mama. Pero no igual. Por ejemplo, mama prometía muchas cosas Y no las cumplía. Años atrás dijo que iríamos al parque Las Piedrecitas para darles de comer a diversos animales del pequeño zoológico y luego veríamos la Laguna de Asososca desde la pared enmallada comiendo los tres raspados de tamarindo. Y llego el día especificado y todo lo planeado se esfumo como el humo de un cigarrillo Alas, que ella normalmente fumaba antes de dormir. No apareció a la hora predicha y cuando lo hizo, llego con un tufo a alcohol que no era jugando que me hizo apartar la cara. Lloraba Burusquita de encachimbada, también yo. Ella se lanzó al viejo colchón cerca de las brasas, no dijo nada se miraba arrecha. Descanso un rato y se levantó ya caída la tarde, con una gran resaca, alisto su rostro un poco deshidratado con cremas que llevaba en su bolso abombado. Se fue a su trabajo de cajera otra vez, en el club nocturno el *Gallo Pinto.* A veces mama no daba dinero suficiente para comer y yo lo ajustaba de mi trabajo de carga de verduras en el Mercado *Oriental* por las mañanas y que con lo que me regalaba Figura, cuando le ayudaba a vender sus productos. Había veces en que Figura

lo ponía todo. Tronco de *brother*. No era igual en ciertos aspectos a mama esta señora. Claro yo quiero a mi mamita, aunque este bajo siete cuartas de la tierra. Esta señora tiene dinero y como dicen: «que con la plata baila el perro, que con el dinero todo se compra» ¿Se comprará el amor? Pero el dinero no es todo siempre, hemos vivido en la pobreza y ese dinero de la señora Dilcie. No importa tanto de ese amor que nos da — pensó Kili.

— ¿Cómo te han tratado? ¿Siempre Figura viene a aquí? Te presento a estos señores estos son mis empleadas, ¡Oh bien gracias! Un hogar que nunca había tenido. Lo tenía ahora. Y que este es tu cuarto. Este es de Burusquita y solo un cuarto solito para el que no tiene nada. Y todo bueno. Y que un médico particular, te visite todas las semanas. Que comamos helados de frutas en el Camino de Oriente, ¡Uf! , qué calor vamos al mar, las playas que bellísimas no del tamaño del televisor de doce pulgadas blanco y negro, más viejo que el pinol que había en el refugio. ¡Ah! las playas de San Juan del sur, Pochomil, la Boquita, el Velero, el Trapiche, Masachapa. Vamos a León y ahí estábamos en el balneario; seis días en Poneloya y las Peñitas y después iremos probablemente al hotel selva negra en Matagalpa.

Siempre a nivel que la señora lo era, bien vestidos. Ahora siempre en camioneta de lujo, Dulcie me contó lo del taxi, el del accidente, no me lo podía creer, ni yo ni ella tampoco. Pero en la vida hay cosas de cosas que suceden y a veces sin explicación, pero siempre hay un porque, un destino que se va haciendo día a día, ¡wow! La punta *Jesús María* en la isla de Ometepe, que belleza. Y las famosas playas de San juan del Sur; Playa Hermosa, Remanso. Con su reserva natural La Flor, ¡hurra!, qué barbaridad si este mundo es bello y luego a casa. Vagar con los billetes en la bolsa es diacachimba, pero siempre encima de esa maldita silla de ruedas. Burusquita y Figura que no se perdían ni un ápice de diversión. Se divertía también por mí, el mundo en las manos, pero no el del mundo cuando se anda palmado, ese no, aunque uno quisiera hacer algo no se hace nada. Y dejar el plato de comida semi terminado por estar completamente saciado. Abandonarlo para que se lo coman los perros, como la vez que fuimos a la laguna de Xiloa y sucedió en uno

de esos ranchitos de turistas. Y comer el gallopinto, una hamburguesa de McDonald’s. Un Pollo tip-top ¡Que rico! Deliciosas frutas por doquier, platillos de comidas distintas y sabrosas. Comerse un pescado Pargo frito, solito de Puerto Sandino o un pescado frito a la Tipitapa. Bueno quien no busca la manera de sobrevivir, pero a que costo. Y compraba dulces típicos como; Cajeta de leche, coco, coyolito, piñonate. Leche de burra, así como también caramelos rayados, también posicles o charamuscas de fresco de frutas y andaba mi platita en la bolsa por varios días. Y Burusquita una niña feliz, que le había llamado mama a la señora Dulcie un día de tantos. Con eso era algo más que suficiente para lograr algo más que dinero, y la señora Dulcie siempre dispuesta a todo con nosotros. A veces salía sola con el conductor en el vehículo. Que voy a gestionar la venta de mis bienes. Que ya vuelvo que hoy a viajes mundiales. Que voy con mis amigos a reunión de adultos. Que este señor es Remigio Hernández. Y cuando regresaba mi niña bonita, mis amigos. Les presento a mis amigos en fiestas y reuniones.

Era una chorrera, ¡guau!, vamos hacer una piñata. Y, ¡pum!, la piñata y yo estacionado en la silla. Que estoy bien. Que cuando me quitan el yeso. Que pronto, que es sin importancia. Pronto te lo quitaremos. Cuanto deseo caminar por las calles de Managua; en el refugio, la pista, ¿Con esta nueva vestimenta me conocerían todavía? ¡Ah! Pero no es lo mismo, la costumbre el *hábitat* faltaría. Un día que íbamos en el carro en la pista *Buenos Aires* después de una pinchadura de llanta, en los semáforos de la villa Miguel Gutiérrez —señora cómpreme esta bolsita de; Bollo de cocos, leche burras y gofios a sus hijos —. ¡Ah!, ya nos hacían hijos de la señora Dulcie. Los quieres. Y yo que sí, aunque no lo quería, pero me solidarizaba con la causa del vendedor callejero, me hizo recordar cuando yo andaba por esa situación. Este mundo da vueltas, pronto estaré ahí otra vez. *El tiempo es como el viento que pasa volando y no nos damos cuenta*. Ya no visitábamos los mercados populares como él *Mayoreo*, *Roberto Huembés*, el *Israel Lewites*, el *Iván Montenegro*, el *Periférico* ya no digamos el populoso Mercado *Oriental*. Ahora todo era a nivel superior en los supermercados, en los centros comerciales. En fin, como andan los ricos y la señora Padilla lo

era. Le hacían la pregunta. ¿Y sus hijos dónde están? A veces llegue a pensarlo: «pero el leopardo no cambia sus manchas» el tiempo avanza y ella nos ama y nosotros la amamos. Cuando me quitaron el yeso hace mucho sentí algo diferente en mi alma. Y me lo digo a mi mismo, que se quede, maldito accidente. Bendito accidente. Dios nos ayude, ayúdanos a soportar esto ¿Perdimos a nuestra mama perderemos a la otra? ¿Que han sido tres meses? Ya no tengo el yeso ni los raspones tengo, ya no tengo cicatrices, ya hasta bote las costras. Mi trasero está bien, todo ha sido obra del espíritu santo ¡Gracias Jesús, virgencita del trono, virgencita de Mercedes! ¿A qué hora se me ocurrió amarle? Tal vez así enfermo la detendríamos. Como hasta hace poco lo hemos hecho y no se iría. Maldito sea, maldito sea. Y luego que me voy el miércoles, el empaque de las maletas, nuestra única misa escuchada en catedral Metropolitana de Managua durante su consagración por el Cardenal Miguel Obando y Bravo. Y se iba como huyendo de la conversación. Nos quiere y se desprende de nosotros. Y las lágrimas y los ojos rojos de llanto. Y otra vez Segundo Sin, tocaba el claxon del vehículo nos vemos, les mandare las tarjeta, juguetes para navidad. Se iba. Que puñalada. Pero lo sabíamos y todos estábamos tristes, nadie se quería ir, que la casa la entrega el abogado un día después que me marche.

—Qué bueno el negocio con la hacienda la compro Adela Gurdian, porque Haroldo Pallais se me rajo, ¡La revente!

Malditos compradores, malditos vendedores, ¡yo los maldigo! —las lágrimas bordearon sus ojos, en el parque Segovia abrazado a Burusquita que también lloraba. Kili se sacude los mocos. Figura les mira solidariamente y lanza terrones de tierra seca al viejo árbol Guanacaste. Recordando algunas invitaciones a algún balneario, como nunca se ha divertido en la vida.

—Siempre hemos andado así, siempre solos. Solos en el mundo. Como siempre en el mundo ¡maldito sea!, ¿Porque nos brindó lo que nunca tendríamos? El dinero no importa, pero ella sí y la quiere Burusquita—y recordó a la señora Dulcie antes de irse.

—Que les dejo en el refugio —y nosotros, déjenos en el parque—.

Y ella que es peligro, ¡es de noche! — inclinó la cabeza con desesperación.

—Que no, señora nacimos aquí en las calles, a nosotros nos conocen, no, no, no pasara nada, nada; somos de casa. Y los lloros en el ambiente nocturno y ella preocupada. Y el cabeza de León de Don Segundo. ¿Señora adonde al parque? Y ella que sí. Y lloraba y nos abrazamos. Y el chofer chiveado por el lugar. Y nos dijimos adiós. Y nos quedamos llorando a mares los tres. Y ella dejó una estela de humo, de ese maldito carro. Cuando nos abrazó. Pensé que regresaría. Pero volví a razonar que había vendido casi todo. Y su familia allá en Miami por un lado y por la costa caribe por el otro lado. Y nosotros no tenemos su sangre ¿Y para qué sirve tener la misma sangre, si a veces hay asesinatos en la misma familia? Y me di cuenta que no es necesario la misma sangre de uno en otra mujer, para llamarle mama.

— ¡Burusquita la señora Dulcie te ama! —dijo Figura. Y ella lloraba y requeté lloraba, se sobaba todo el cuerpo tal como si tuviera una comezón. Los tres se sentaron en la banca preferida del parque. Y pensaban en; Amor tristeza, odio.

— ¿Ya no tenemos mama? Kili. —pregunto Burusquita cuando al fin pudo hablar.

—Sí, ya la habíamos perdido hace tres años —respondió Kili tras un silencio.

— ¡Pero ella volvió! —prosiguió Burusquita pescando pensamientos.

— ¡Ella no era mama!

— ¡Yo sí lo creo!

—Creíste en falso, ya sabíamos que se tendría que ir.

—Pero yo no quería que se fuera.

—Pero nosotros no decidimos.

— ¡Ella me quería!

—Lo sé también a mí me lo dijo una noche en que me visito en mi cuarto y me hice el dormido —los niños lloraron otra vez, toda la fantasía realizada, había pasado. Como pasan los segundos en un respiro. Moqueaban, Abrazaron el colchón de hojarasca.

— ¿Ella no se quería ir? —preguntó dudando e incorporándose con lentitud.

—Yo lo pensaba así, pero ya vez que se fue —Kili increpó a Burusquita y no pudo controlar sus nervios.

—Nos ama —dijo con voz temblorosa y llorando Burusquita.
—Hay que tener esperanza de que sucederá algo positivo —dijo Figura con tono de preocupación.
—No me gusta tener esperanza —respondió Kili entristecido.
— ¿Por qué dices eso? ¡Es mala onda prix! —exclamó Figura.
—No me gusta decirlo, pero, pienso que: «la esperanza prolonga el dolor que siento» —dijo pesimista y sobándose la cabeza kilali.
—Todavía les ama. Se notaba. Siempre veía su rostro, su actitud con respecto a ustedes. Bueno también conmigo se portaba legal. Sentí que volvería, ¡que diacachimba estábamos! —exclamó Figura.
—Dios te oiga hermano —murmuro Kili apretándose los dientes—.
—Dios te oiga Figu, ¡Dios te oiga!: «Las palabras son físicas, así como se edifica se destruye» —dijo Burusquita murmurando y siguió el mismo ajetreo de ver sin discreción la entrada del parque Segovia como si esperara un arrepentimiento repentino. Ahora se sobaba el pecho y tosía secamente.



EL NIÑO NORUEGO

Vio el reloj, con desprecio macabro. Marcaba las 8:30 pm. Atrás había dejado a los niños ensortijados con el pesar de las despedidas. En su interior el pasillo principal en el Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino. Estaba atestado de familiares y pasajeros. Se sentó en un asiento, que por obra y gracias del espíritu santo había encontrado vacío. Se le veía lágrimas de tristeza en sus ojos.
— ¿*Are you all right*, *ma'am*? —dijo con curiosidad en ingles un señor gringo ex marine, barbudo de buen aspecto a su diestra, que platicaba placenteramente con una mujer preciosa jamaiquina.

—No, no es nada —dijo absorta y amable la señora Dulcie Paiz, luego se dijo a sí misma; la vieja por si acaso, riéndose con dócil suspicacia.
— Ok —dijo el gringo sonriendo y siguió platicando eufóricamente con la dama.

El hilo del recuerdo se ovillaba en videos cortos una y otra vez en el cerebro de Dulcie.

— ¡Ellos son mis inquilinos! Este es Kilali y ella es Burusquita, y él es Figura los que le había comentado — ¡oh!, son lindos, jugamos con ellos—. ¡Sí! —y luego los niños; jalaban la silla de ruedas cuando todavía la tenía Kili y también a Burusquita del brazo y desaparecían en un mar de risotadas.
— ¿Dónde los conseguiste, son buenos verdad? ¿Y cuáles son sus verdaderos nombres, porque esos motes dejan mucho que desear?
— Bueno eso es común, todas las personas en las calles tienen uno ¡Ah! Él es Leandro Tammuz Cáceres Herrera, *Kilali* de 13 años y la niña Linda Ishtar, *Burusquita* de 10 años. Son hermanos. Y el más

grande que siempre nos acompaña es Julio Papsukal Granados, *Figura* el famoso mercader de 15 años.

— ¿Cómo lo supiste?

—Bueno, contraté un detective que nació con el abrazo del Oso Siberiano, que tiene nexos con la *CIA* (*Central Intelligence Agency*) de nombre Remigio Hernández Pérez egresado de investigación criminal por la policía *militsiya* de San Petersburgo, Rusia en 1985. Que brinda sus servicios en el Mercado Oriental cerca del gancho de caminos frente a la estación de policía del distrito IV. Y ¡zas! di con ellos, con su familia, son originarios del Municipio Quilali del departamento de Nueva Segovia y tenían su casa cerca del límite oeste con el municipio de San Juan del RioCoco del departamento de Madriz. Su mama se llamaba María Semiramis Herrera Cano y su papa Luis Nemrod Cáceres alias el *Ninus*, este murió buscando el sueño americano, siguiendo los pasos de los nativos de Acahualinca que huyeron o se fueron hace siglos de su país de rápido tránsito, porque ya no satisfacía sus necesidades vitales, al querer pasar en estos tiempos de ser el *chino inmigrante* de centro américa a ser un gringo más, nacionalizado con todos sus beneficios sociales y así poder enviar remesas en dólares a sus familia que tanto las necesita.

Su cadáver fue encontrado en estado de putrefacción, en el cruce del río *Eagle Pass*, al sur de Texas en enero de 1991, se pudo identificar por sus documentos que llevaba al cinto, también por qué medios periodísticos mexicanos hicieron circular un video de un hombre que nadaba hacia la orilla gringa, sofocado a contracorriente en una zona honda, hasta que se cansó, sumergiéndose hasta desaparecer.

Trágicamente, también la madre murió instantáneamente en 1990, un bus lleno de simpatizantes sandinista afín al partido político *FSLN (Frente Sandinista Liberación Nacional)* que circulaba del municipio El Crucero al 7 sur, rumbo a la Plaza de la revolución, al acto conmemorativo del triunfo revolucionario el 19 de julio de 1979, durante un acelerón brusco del conductor se le abrió repentinamente su puerta trasera, saliendo la mama de los niños por los aires; al caer su cabeza pegó en la cuneta y su cuerpo en el pavimento caliente rodo sangrante y quedo formando

una cruz con la raya amarilla de la calzada.

— ¡Qué barbaridad! ¿Cómo ocurren los accidentes? ¡Santo Dios! ¿Cómo es la vida verdad? Se cambió la visión de la salud y educación en el país, pero esa revolución cultivada y cosechada por el pueblo con sueños democráticos ¿Cómo fue a parar en una guerra civil con más de 50,000 muertos y un pueblo de sueños patriotas insatisfechos, exiliados, familias destruidas y propósitos de vida inconclusos? ¿Si tan siquiera hubiese sido mejor que la revolución del cultivo industrial del algodón en el inició de la década de los 50 del Siglo XX, llamado "*boom* algodonero"? ¡Tendríamos un país mejor! —dijo con tristeza la economista de la oligarquía aristocrática Lidia.

— ¡Es parte de la tragedia americana! Sí, he comprendido lo que he vivido cada vez más y sé que cuando más se conoce y se sabe, se puede cambiar el futuro. El perdón puede hacer desaparecer el dolor. Vieras el odio, rencor en mi corazón que tenía por todo lo malo que me habían hecho por las expropiaciones de mis propiedades, por el trato cruel a mi familia, se me fue. Desapareció, ya no corroe mi alma. Los niños son inocentes. No hay duda el amor es lo único que puede vencer el odio en nuestros corazones. Este es mi presente, es el que quiero trasformar sanamente y vivirlo a plenitud. Construir un cambio de paradigma en mi vida —la señora Dulcie se acarició la frente, dio una sonrisa hidrocálida, luego lágrimas bordearon sus ojos almendrados.

—Y ese Figura, ¿Tiene familia?

—Si tiene, todos vivos. No viven también que se diga en el asentamiento Violentamente Dulce, pero más o menos se las saben arreglar. Eso sí. Todo al suave, no te precipites, el tiempo dirá la última palabra. Que estos son mis niños en fiestas, reuniones, piñatas, paseos. Y, ¡caracoles! ¡Qué bien, me gustan!

— No te comprometas tanto —dijo Lidia pensativa.

—Vamos para Metro centro o al Súper de los *Militares* o de la *Policía* Nacional, ¿Niños que hacemos? —juguemos a la gallina ciega—, mares de risas, tiñendo un pasado triste en las calles. Me han dado amor: Más que todo el dinero que he tenido en la vida después de mi mami y papi, mi abuelita Guadalupe Ki y mi abuelito Gabriel An que en paz descanse

¿Me siento bien, a qué hora amanece? Voy al baño. Listo, una sonrisa y un te quiero.
— ¿Te gusta *Bugs Bunny*, les gusta la playa, les gusta el Hotel *Intercontinental? —sí* y me gustaron bastante las isletas de Granadas —. Lávense los dientes. Les gusta el colegio, veremos que hacemos para que puedan estudiar.

¡Ah se me olvido!, ¡Cómo pudo ser, maldita sea!, todo se queda y me voy para Miami, —recordó un poema del poeta español de la generación del 98, Antonio Machado.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
Y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en el mar

Poema que declamó en el Colegio Centro América del Sagrado Corazón de Jesús durante el inicio de un año escolar durante su primaria que le calo el corazón por siempre.

— ¿Y si yo, ya voy en mi camino y no me he dado cuenta? ¿*Y si no es hoy*, *cuando*? ¿Mi alegría, no será siempre vivir bacanaleando en *Ocean Drive*? Pero que haré, allá seré una infiltrada en la familia de mi hermana Carol, ¿Para dónde va? Quédate. No te vayas. Nos vamos ya lo vendiste casi todo, ¿No tienes nada de gran valor? Todo lo bueno se acaba.

No, no, no, no, no se acaba. No pienses así, ¿Mierda, que me pasa? Los quiero y ellos me quieren. Nos hemos comprendido, ¿Qué harán? ¿Maldición, volverán a lo mismo? A rodar por las calles, ¡No, no, no! — gritó y las personas de cerca, se pasmaron al verla con lágrimas en la sien,

se bordeó los ojos con los dedos de la mano derecha. Una familia que pasaba en ese momento le quedo viendo con preocupación, se le acercó. Y el varón pregunto:
— ¿Le pasa algo señora? —a lo cual Dulcie un poco melancólica dijo:
—Si estoy un poco estresada.
—No se preocupe mucho, ¡hay siempre algo maravilloso en este mundo que nos hace felices! —la señora Dulcie le quedo viendo y se acercó a la familia con asombro, diciéndole:
— ¿Qué lindo ese niño?
—Si señora es bellísimo, él es Camilo Thorsten mi hijo, ella es mi esposa Siv Aslaug y mi nombre es Heimdall Hansen. Mucho gusto — dijo asintiendo con la cabeza el señor Hansen.
—El gusto es mío, mi nombre es Dulcie Ninlil Paiz Vda de Padilla ¿Soy nicaragüense y ustedes? —preguntó la señora Padilla.
—Somos noruegos.

— ¿Trabajan aquí en Nicaragua?
—Hacíamos nuestro trabajo voluntario en una escuela técnica Francisco Pérez Dormez de la alcaldía de Managua en el plantel *Jackson Jakamo* en Batahola sur. Pero el alcalde Arnoldo Alemán cerró la escuela técnica. Y *NORAD* (*Autoridad Noruega para el Desarrollo*) tomó la decisión de que regresáramos a nuestro país —respondió Heimdall Hansen.
— ¡Ah!, que lastima.
— Si señora es una lástima por los jóvenes que ya no van a tener una formación técnica profesional y así poder cambiar su futuro social y económico. Pero vamos contentos. Muchas experiencias positivas y felicidad ¡Un país maravilloso!
—Yo conozco algo de Noruega por su premio nobel de literatura Knut Hamsun. La novela era *La bendición de la tierra*. Linda novela que trata de como con trabajo, entereza y fuerza de voluntad una pareja construye su vida en un ambiente desfavorable, siendo colonos en la bella tierra de noruega —dijo un poco pensativa Dulcie. Siv Aslaug sonrió amenamente, respondiéndole.
—A mí me gusta más Henry Johan Ibsen por sus obras dramáticas *Patos Salvajes* y *Casa de muñecas* en la que sin pelos en la lengua retrata a

la clase media en su corrupción e infidelidades matrimoniales. Y como es de excelente vivir la vida dentro de una despreciable y asquerosa mentira o escoger una verdad que lleve a una pobreza económica que se desarrolle en desgracia —ambas sonrieron complaciente.
—Disculpen una pregunta curiosa, ¿Pero este niño es de características morfológicas puro Masaya? ¿Y ustedes son nórdicos, otra raza?
—Dice lo correcto señora —dijo Siv Aslaug con amor de madre—. Lo adoptamos en el hospital infantil Manuel de Jesús Rivera *La Mascota* siguiendo procedimientos establecidos por el gobierno, hace un año. Somos felices, es nuestro hijo, nuestro orgullo. Desde ese momento es un nuevo habitante de Oslo, ya renovamos nuestro apartamento en San Hanshaugen y Bislett, respirará aire puro por la cercanía con el parque y tendrá una buena vista de la ciudad y el fiordo ¡estamos alegres! —la señora Dulcie Paiz quedó pensativa y cabizbaja rascándose la cabeza, luego dijo:
—Los felicito, cuídense —gracias señora dijeron: Heimdall Hansen y Siv Aslaug. Camilo Thorsten solo reía dentro de un canasto hecho con bambú, lleno de juguetes de madera que normalmente se venden en el mercado de artesanías de Masaya.
—Buen viaje. Dios les bendiga —dijo sonriente Dulcie Paiz.
Un altavoz anunciaba en inglés y español los vuelos próximos a salir de las distintas líneas aéreas.

EL PODER DE UNA DECISION



Ya ubicado el *counter* de la línea aérea, la señora padilla escuchó, el vuelo 267 de Nica *Airlines* rumbo a Miami saldrá… se puso en pies, tomo sus escasa pertenencias y se encamino donde unas aeromozas jóvenes, guapas y hermosas atendían a los pasajeros sonriendo, a la vez que le señalaba y orientaba los trámites para estos casos. La señora Padilla se detuvo frente a la empleada del mostrador; le entrego cédula de identidad, el boleto de avión, el pasaporte lo busco dentro de su cartera y no lo encontró.

— ¡Ahora, ya si la pasee! —dijo mal humorada, ya se disponía a salir de la fila cuando Heimdall Hansen se le acercaba mostrando mano en alto el pasaporte.
—Señora Dulcie encontramos su pasaporte cerca de donde conversamos, tome por favor.
—Gracias ando como *dunda* — respondió la señora Dulcie, Heimdall Hansen se despidió con una sonrisa—. Gracias por todo, me saludas a Camilo — dijo Dulcie de manera risueña, entregando al empleado a la vez del pasaporte, el equipaje. Verificado los documentos y entrega de maletas, recibió la tarjeta que autoriza el ingreso a bordo. Y luego se dirigió a la puerta correspondiente del embarque al avión. Aun con los ojos en lagrimados y con sonrisa en los labios quedó viendo a las aeromozas, súbitamente asombrada y feliz.
—He decidido que hoy no abra viaje —dijo con el alma. Y le dio la espalda, caminando de prisa, buscando la salida del aeropuerto. Solo se escuchó decir:
— ¿Señora, señora, y su equipaje? —dijo una risueña aeromoza estiliana asombrada por la actitud repentina y decidida del pasajero.
— Avisaré, realizaré los trámites respectivos. Los recogerán en Miami.
—Está bien —dijo la aeromoza.
— ¡Que tenga buenas noches! —exclamó con sorna un agente de vigilancia, que hacia ronda perimetral para evitar actos que puedan

alterar la seguridad aeroportuaria.

La señora Dulcie salió como un bólido del aeropuerto internacional donde el ruido de los motores de distintos aviones, que pronto despegarían de la pista, hacían felices y tristes a pasajeros y familiares.

—Taxi, taxi, taxi…

DEJA VU



—El taxi se estacionó frente al parque Segovia. Frente a los tres niños abrazados cerca de los faroles entristecidos, los mosquitos volaban incesante. La señora Dulcie penetró el portón principal del parque con vehemencia y dijo con grito ensordecedor:

— ¡Mis niños, mis niños! —y salió corriendo hacia ellos a abrazarlos.

Los *lux* de la estrella venus del amanecer se hicieron cada vez más intensos. El taxista siguió con su vehículo Hyundai gris en dirección de donde vivía don Segundo Sin; le llevaba un mensaje.
Al escuchar y ver a la señora Dulcie, los niños sonrieron de dicha, con lágrimas en los ojos, salieron al encuentro con una sola palabra saliendo de sus respectivas bocas:

— ¡Mamita, mamita! —se abrazaron, se besaron. Los niños lloraron y esta vez de alegría. Porque mama Dulcie había regresado y ella decía:
—Me quedaré, hablaré con el Doctor Curran mi abogado para que los legalice como mis hijos. Compraremos una casa nueva y allí viviremos. Y el mote, alias o como se le nombre que tienen cada uno de ustedes desaparecerá de nuestro vocabulario y solo será un vestigio de un pasado cruel e ignominioso. Luego veremos qué negocio emprenderemos, para pasar la vida, como lo están haciendo otros que se están repatriando desde Estados Unidos buscando prosperidad en su patria. Para nosotros no será otra década perdida. No los abandonaré. Hay un por que, por lo que estamos vivos y nos hemos encontrado, vivamos entonces nuestra inmortalidad, construyendo día a día nuestro futuro, hasta que nuestras manos ya no se puedan mover y desaparezcan las neuronas que las activan en el cerebro —dijo filosóficamente y con lágrimas de felicidad la señora Dulcie Paiz.

Figura quedo atónito y perplejo rascándose la cabeza, sin comprender

en su totalidad lo dicho por la señora Dulcie. Pero hizo suya la alegría.

— ¿Cómo te sientes Kilali? —preguntó Figura, acariciado por una corriente *deja vu* de aire fresco.
—Es como si he vivido una pesadilla y de repente todo eso, no es importante por un día especial como hoy —contestó Kili con firmeza, vitalidad y lleno de alegría.
—Te queremos mama. Te queremos mamita —decían Kili y Burusquita asombrados y llenos de gozo. Figura les abrazo.



BALAS ASESINAS

La familia se había marchado en su camioneta Toyota *Lexus* color negro con el amor en ciernes e ideas maravillosas de desarrollo a cumplir en un futuro venidero. Bajo el firmamento con escasos nubarrones, una brisa invernal pasajera, en el Lago Xolotlan influenciada de los vientos del este, meció violentamente las ramas del viejo árbol de Guanacaste, se desprendieron muchas hojas y estas hicieron una lluvia fortuita, que comenzó a caer sobre las bancas y entre gotas y gotas en hojas humedecidas, se podía visualizar un nuevo nombre a la par del nombre Kilali. Decía Moisés Sargón de Bilwi con letras hechas con marcadores permanentes de color azul y blanco.

Debajo de esta, una flor de sacuanjoche, la flor nacional estaba marchita encima de la hojarasca, con chorejas y tapaculo. Un hormiguero anunciaba un temporal haciendo su actividad predadora en el cadáver de un pájaro guardabarranco, flotaban en el aire un cumulo de garzas y lechuzas nocturnas haciendo la danza de la muerte en dirección a la Isla del amor.

Se escucharon cinco disparos de un revólver *Smith and Wesso Special* calibre 38. Segundos después, solo se percibió un grito agudo de dolor, lamento y agonía infantil. El parque Segovia quedó en silencio.



Anotaciones:



Uriel Benito Sánchez Galo

La narrativa de las marginalidades
Pedro Alfonso Morales

En los albores de la esperanza (2021), novela corta de Uriel Benito Sánchez Galo (León,20 de febrero de 1967), sigue una línea narrativa ya experimentada por el autor en su poemario Niños de la calle y otros poemas (2011), y que podríamos llamar una narrativa de las marginalidades, pues su centro y foco de atención son los niños y adolescentes en las pandillas de la capital. Tras los nombres de sus personajes principales Kilalí, Burusquita y Figura, adquiridos en el grupo de las pandillas que proliferan en la Managua de los años noventa, no solo se esconde una nueva identidad del bajo mundo, sino la tragedia de la niñez huérfana de familia, de oportunidades, de valores que viven en habitaciones marginales de una ciudad que no alcanza ese estatus.La novela también tiende una mirada a los efectos de las confiscaciones en los años ochenta y a las devoluciones de tierras en los años noventa durante el período de gobierno de Violeta Barrios de Chamorro, incluso, las migraciones de nicaragüenses debido a la guerra o la falta de trabajo en el territorio o los que vuelven al país a reclamar sus tierras o casas confiscadas.

El momento más trágico y cómico y hasta un poco absurdo y surrealista de la obra resulta por el accidente que sufre el niño Kilalí y a partir de ahí, la señora Padilla se convertirá en una buena samaritana para ayudar a los infantes, incluso, olvidarse del viaje a Miami para regresar y acercarse a los niños como lo hace una buena tutora o madre.

En fin, esta obra trata de mostrarnos ese mundo olvidado de la niñez que se vuelve más

cruel, porque sus protagonistas son seres que viven en la intemperie sin escuela, sin oportunidades, y lo que es peor, sin familia que los oriente y que los apoye en sus necesidades más básicas de la vida.

Felicidades a su autor y ojalá logre tocar los espíritus humanos que tanta falta hacen en la vida.

Telica, 15 de diciembre 2021

*** *** ***

Uriel Benito Sánchez Galo a publicado el poemario Niños de la calle 2011, Alien en lucha universitaria. Cuentos de la historia reciente 2015. Sus escritos aparecen en Antología de los talleres de poesía Nicaragua y editorial siglo XXI. México, Talleres de poesía de Nicaragua. Antología 1979-1987. Costa Rica, 2015. Antología de la poesía de León 1812-2012. Bicentenario de Oro. Algunas revistas y periódicos. Novela (descrita en el contexto de los años 90 del siglo XX) fruto de una sociedad posconflicto bélico y de trasformaciones sociales donde los excluidos buscan lidiar con su futuro y que con la ayuda de personas de buen corazón encuentran una puerta para cicatrizar sus heridas.

ISBN 978-99964-0-943-1



Enrique José Granados Torrez
Escritor.